

CRÓNICAS DE JESÚS SANOJA HERNÁNDEZ

Índice general

Nota preliminar	iv
Nota del editor	v

Documentos transcritos de Jesús Sanoja Hernández

Juan E. Zaraza	6
Hoy día 13. Visión de Ramos Sucre	7
El miedo de Andrés Barazarte	10
Mis papeles. Gallegos y una década	13
Carlos Noguera	15
La gran papelería.	17
Martín Echeverría	20
Mientras pasan los días. Enemigos de la B.N	22
El tema de la revolución	24
Mientras pasan los días ¡Oh, poetas!	27
Edgar Hamilton	29
La comuna en Venezuela	30
Tres tristes tigres.	31
La poesía de Acosta Saignes	32
Sobre Proust y Reynaldo Hahn	33
Los cuentistas rojos de 1930	34
Arvelo Torrealba en “Las Tres Torres”	35
El gretagarbismo y el bondismo	36
Ramos Sucre y dos más	37
Un poeta en 1931.	38
Poemas de Aquiles Branco	39
La Pajarapinta	40
Grupo cero de teoréticos. G.O.T.	41
Luis Castro y Rojas Guardia	42
El otro Matías Carrasco.	43

Delpino frente a Lugones	44
Lenguarada de Salustio	45
Consalvi no era de los veinte	46
Gessenheijkt, Pablo	47
Díaz Rodríguez en Margarita	48
Sacco y Vanzetti en Venezuela	49
Borges y la Revolución rusa	50
Un pastiche de LEM	51
Saludos a Lindbergh	52
El futurismo de Arráiz	53
La disolución de Cantaclaro	54
Teresa de la Parra, 1930	55
Estampa de Rafael Cadenas	56
Lecturas en los años de la crisis	57
El villano villón traducido por Salustio	57
Una palabra poco santa: choro	59
Desde un camello, fascismo y poesía ingenua	60
Morir en la cárcel	61
Poesía floral de Benavides Ponce	64
Al paso de Delpino y Lamas	65
El regreso de Chaplin	66
Ese tango que no muere	67
Renny Ottolina, el número uno	68
Retén de Catia	69
Andrés Eloy Blanco y Nicolás Guillén	72
La “Carta a Udón Pérez”	73
El pastiche de Luis Enrique Mármol.	74
Referencias	75
Índice cronológico	78
Juan E. Zaraza	79
Edgar Hamilton	91
Índice onomástico	86
Juan E. Zaraza	87
Edgar Hamilton	91

Nombres no incluidos en el índice onomástico	
por falta de información de los mismos	99
Juan E. Zaraza	100
Edgar Hamilton	101

Nota preliminar

Las crónicas de Jesús Sanoja Hernández han sido sometidas a una serie de cambios después de su transcripción y cotejo. Han sido limpiadas de toda errata, al mismo tiempo se ha actualizado su escritura atendiendo a las últimas normas establecidas en la *Ortografía de la lengua española* 2010.

El índice cronológico está ordenado por el año seguido de meses y días. Cada crónica aparece con su fecha específica, acompañada del título. Asimismo, se ha agregado un texto breve donde se explica la idea central y más resaltante.

El índice onomástico es antroponímico, es decir, se tomó en cuenta únicamente: autores, nombres de personas históricas, personas comunes, nombres eclesiásticos, títulos nobiliarios, así como seudónimos, alias, abreviaturas, y demás posibilidades ocultas entre líneas. Cabe destacar que se realizó una investigación exhaustiva de cada nombre mencionado en los textos, para comprobar su veracidad, corregir cualquier error ortográfico y en muchos casos, agregar el nombre de pila entre paréntesis, pues se pudo observar que aparecen en gran cantidad el seudónimo o alias.

En muchos casos solo se tomó en consideración el primer apellido, el primer o segundo nombre, o las abreviaturas. Sin embargo, cuando en la búsqueda no se encontró ninguna información, se colocó entre paréntesis la profesión o algún dato encontrado en los textos.

En aquellos casos que no se encontró dato alguno que sirviera de respaldo para incluir determinado nombre en el índice onomástico, se procedió a no incluirlos. Sin embargo, todos estos nombres fueron transcritos en el apartado *nombres no incluidos en el índice onomástico* presentado en este trabajo (véase página 99).

Nota del editor

Las transcripciones que se presentan a continuación, son publicaciones de Jesús Sanoja Hernández. Se dividen en dos partes: la primera, contiene aquellas crónicas escritas bajo el seudónimo Juan E. Zaraza y fueron publicadas en *El Nacional*; y la segunda, contiene aquellas escritas bajo el seudónimo Edgar Hamilton, publicadas en el Papel Literario de *El Nacional*. Todas las crónicas han sido ordenadas cronológicamente, seguidas de un índice cronológico y un índice onomástico, específicamente antroponímico, donde se hace referencia a los nombres de las personas mencionadas a lo largo de todo el corpus.

Los textos han sido actualizados de acuerdo con la *Ortografía de la lengua española* 2010.

Juan E. Zaraza

Hoy día 13. Visión de Ramos Sucre

De Juan E. Zaraza. *El Nacional*, 13-06-1960

Aparece su silueta de infante desheredado por las calles de la Caracas del centenario, ya disuelta la mole pomposa de las fiestas. En 1912 mira como “jardín quimérico” los patios interiores de San Francisco, con su gótico pálido, mientras Guevara Rojas despega ciencias y puniciones, y viene la clausura. En clausura él mismo, se hace maestro en geografía e historia, primer anclaje a su universo de evasiones, de cuentos en espiral, de sucesos lejanos que engarzan a una memoria de infolios, estampas, dibujos y diccionarios. Poco a poco va abandonando la noción heroica del individuo que en tiempos juveniles le llevó a glorificar a Zamora e investigar la Guerra Civil. Se va de bruces al interior, con su traje de luto y su mirada que lo cernía todo; aborda, entonces, costas más pacíficas, sembradas de paisajes griegos y sentencias latinas. Aprovecha asimismo, en esa excursión hacia el pasado, para reintegrar la palabra a su pureza de origen. En algún momento su vocabulario se asordina en arcaísmos que no hacen sino reencarnar el logos. Empieza con ello el rescate.

Sus amigos o sus compañeros, desesperados, no resistieron la llamada de la lucha, hirviendo en ellos la sangre patricia. Cayeron en calabozos de La Rotunda o pensaron en la huida, lejos de esta tierra inhóspita, “la casa donde todo está prohibido”. Otros caminan hacia el bufete o las haciendas. Él estudia y se decide por demencias y fábulas, para recordar la región de las palmas providenciales y de los primitivos lotófagos, en su viaje equinoccial con Humboldt. Se gradúa brillantemente, con materias dóciles a su voluntad y por las tardes camina, dice Humberto Tejera, callejuelas urbanas, melancólicas y con hechizo de historia sagrada, que no son sino prolongación de su celda, su claustro, su promesa de verse siempre en espejo de alma. Los colores de la tierra se esfuman, aquellos aletazos de la dictadura se hacen “flor mecánica”, estos dramas pierden horizontes, y en él, como en gesto de sacrificio, sucumben todos los desafíos y se convierten en paz dura, en combate íntimo, en lucha por el discurso, en venenos de la palabra.

Cuando publica *Trizas de papel* restan en su léxico todavía resabios románticos, escenas de conmiseración, fraseario sin domesticaciones: la expósita sufriente, despojo del vicio, y el arco iris desde el balcón. La prosa se alarga y explica, a la inversa de lo que sucederá después, en su anticipada madurez: será esta vez prosa de breves párrafos encabezados por verbos que no permiten escapes oracionales o por sustantivos en rígida actitud de sujeto. Nada de gerundios al inicio de frase, purga total de giros adverbiales al comienzo de conjunciones y adjetivos. Solo la sustancia del nombre o la acción verbal, pues en el principio fue Dios, el verbo. ¡Fuera lo secundario!, grita cada oración de Ramos Sucre.

La *torre de timón* fue saludada, en 1925, por Paz Castillo, husmeador de vocaciones, y de su autor asegura que había abolido el mundo exterior y buscaba el “anonadamiento de la voluntad en el gran misterio teológico”. Artículo sorprendente el de Paz Castillo, en esta afirmación parece errar. En la poesía (no es sus greguerías y granizadas) Dios es un ausente y el universo se construye a sí mismo, en piezas que Ramos Sucre va suministrando a través de la historia: la teología queda reducida a Jesucristo, San Jerónimo, San Eloy, los apóstoles, una hagiografía o un cuento dorado que alterna con el paganismo, con los reyes inclementes, con los héroes mitológicos, con las aventuras de la *Odisea* o de *Don Quijote*, y que se desarrollan, unos y otros, en los desiertos del Cercano Oriente, en los campos danubianos, a orillas del Tíber o del Bósforo congelado, en medio de sombríos paisajes medievales o cincelados perfiles de renacentismo italiano.

Casi juntos entregó *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*. Los idiomas se cruzaban por su espíritu y no daban con la clave última del conocimiento. Se siente enfermo y vira hacia las tierras de los mapas, de las páginas de la niñez, de la imaginería y el ensueño. Nadie acierta con su mal, dice él, en confesión. Los sanatorios, los médicos, los amigos, su soledad, se conjuran para pedirle alce la mano y se sumerja en “el sueño indiferente de la eternidad”. A los cuarenta años, un 9 de junio, toma la decisión. Moriría el día 13: “yo decliné mi frente sobre el páramo de las revelaciones y el terror”. Así se dibujaba asimismo en su último

poema, "Residuo", quien le había secreteado a Enrique Bernardo Núñez que había nacido en una cárcel y vivido en ella durante más de treinta años.

Tal vez por eso escogió remotos sitios para morir, avecindado en otra ciudad, "más internada y en salvo".

El miedo de Andrés Barazarte

De Juan E. Zaraza. *El Nacional*, 22-03-1969

Andrés Barazarte pertenece a la estirpe de Henry Fleming y Francis Macomber. En Barazarte, que como el sol cruza la ciudad de Este a Oeste para levantarse sobre el miedo y erigir voluntariamente su destino a través de un acto de valor, el combate interior, la superación de la duda, la lucha para retener la orina y demostrarse a sí mismo que tiene tabaco en la vejiga como Epifanio, José Eladio o Víctor Rafael, sus lejanos ascendientes, constituyen la prueba contra el miedo orgánico, contra la estructura de la cobardía, y son las estaciones de un calvario y el descenso a los infiernos, ahora, en él, dentro de Andrés Barazarte, en la Caracas de 1964, desplegados entre frenazos, recuerdos, olores, sudor, aceite, personas. El viaje de Andrés, viaje en autobús, en carrito por puesto, en taxi, a pie, desde el Este, a la altura del edificio Galipán, hasta Los Magallanes, ese barrio de clase media depauperada, de porteros y selladores del 5 y 6, de proletarios, es un viaje simbólico. Dentro de la violencia de *País portátil*, sin propósito alguno de simbolizar, este itinerario del miedo en un joven que adquirió tempranamente compromisos y solidaridad con sus amigos en una casa de pensión, en un liceo, en una célula, representa un viaje del miedo hacia el valor, de la potencialidad dudosa, inhibitoria y urinaria hacia el acto sólido, despojado de resortes y rápidamente concertado en el momento decisivo con un apretón de vejiga y de gatillo.

El Fleming de *La insignia roja del valor* y el Macomber de Hemingway, como Andrés, acontecen dentro de una operación de miedo, siendo el organismo mismo un aparato de temblor, sonoramente angustioso en cada uno de sus nervios, vibrátil ante cualquier desafío o señal externa. Fleming huye en el primer combate pero también dispara, y una y otra vez va tropezando con advertencias en el camino, con recriminaciones en el espíritu, que lo hacen edificarse o desplomarse: la mirada neutra, opaca y acusadora de un soldado muerto, el fusil que cae al suelo en el instante de la fuga, los errores cometidos a plena conciencia aunque no fuesen visibles ante los compañeros de regimiento, hasta que por fin llega el acto de disparar y matar en una guerra

decretada por otros, y de embanderarse en el coraje. Macomber, por su parte, viaja, no con un pelotón de soldados como Fleming, sino en un safari, y esa excursión salvaje o esa incursión de prueba terminarán por redimirlo de aquel miedo que lo ponía enfermo. Para llegar al acto supremo de apuntar al hocico del búfalo y disparar y pegar a los cuernos que saltaban como techos de pizarra, Macomber necesitó del empuje orgánico, de la misma concentración de honor y voluntad, que Andrés para quitar el seguro y presionar el disparador de la metralleta, apuntada contra sus captosres, en la línea final de *País portátil*, en el gesto antimiedo, antipotencia, actualizante, que cierra su vida novelesca.

El miedo de Fleming no obedece a una genealogía y en Macomber mucho menos, o si obedece en alguno de los dos casos, ni Crane ni Hemingway nos la explican. Cuando Fleming se incorpora al ejército, es verdad que el discurso de la madre y aquella última mirada pudieran denunciar en él un escondido tesoro de temblores. Pero nada más. Y en cuanto a Macomber, solo aparece allí, en el campamento, y de sus terrores ante los rugidos del león sabemos en el justo instante. Y nada más. En cambio, Barazarte se proyecta en la Caracas de 1964 a través de una larguísima genealogía faulkneriana de la que se entresacan caudillos, hombres de avería, florentinos-quitapesares trujillanos, desertores. ¿Desertores de qué? Desertores del valor, del coraje, como Nicolasito, el padre de Andrés, rama del árbol genealógico donde se quiebra el valor y empieza a anidar el miedo. De modo que en Andrés, el terror que afloja la vejiga y moja, no proviene solo de la infancia, sino de una ruptura genealógica. Como en *Sangre patricia*, donde Tulio Arcos es punta de raza, Nicolasito es el coletazo de una genealogía que pasa hereditariamente a la conciencia de Andrés, y este la recoge, abulta y convierte en sedición.

Andrés se salva noblemente, con más nivel y sentido humanos que Fleming y Macomber, porque Andrés no está en medio de los disparos solamente ni en la precaria compañía de un campamento. Lo salva una generación, lo salva una violencia, lo

salva una empresa de solidaridad. Esa generación y esa violencia y esa solidaridad merecen, pues, otra nota nuestra.

Mis papeles. Gallegos y una década

De Juan E. Zaraza. *El Nacional*, 10-04-1969

Cuando se publiquen las *Obras completas* de Gallegos y a las novelas y cuentos y piezas teatrales se sumen documentos que reposan en sospechosa ineditéz, podrán conocerse algunas actitudes del escritor durante el destierro de una década. Saldrán a viva luz entonces aquellas declaraciones sobre un cierto coronel, la respuesta al semanario *Tiempo* acerca de las bases militares negociadas por Franco, el desmentido en torno a su “estrecha amistad” con Prío Socarrás y sus nexos con la aparatosa “Legión del Caribe”, así como la ya divulgada, aunque a ratos y temerosamente, carta histórica en que rechaza compartir honores con Castillo Armas, aquel de nariz ganchuda y bigotitos siniestros que con perversidad de muralista dejó Diego Rivera en un retrato de traficante en soberanías, bananos y armas.

La primera imagen, y única directa, que tuve de Gallegos fue por los alrededores del 1° de mayo de 1952, en un México esplendente, idos los polvos de Texcoco, establecida a plenitud la primavera. Estaba con el Ricardo Montilla y no me atreví a transmitir un mensaje que llevaba desde la cárcel ni decenas de impresiones que sobre su obra había comentado yo con mis amigos durante lo que se llamó nuestro “período galleguiano”: la figura misteriosa de Payara, aquella filosofía de Juan Solito, la desesperada decisión de Juan el Veguero. Pero como se hablaba de política y alguien asomó que había culpabilidad en quienes, a nombre de la revolución se quedaron a mitad de camino en la empresa de la poda, Gallegos exclamó: “Sí, cortamos ramas, pero no arrancamos la raíz”. Desde luego, en otras oportunidades vi a Gallegos, de lejos en esos casos, sin ninguna relación de intimidad, como en los actos de celebración de sus 70 años y de los 25 de *Doña Bárbara*, que fueron coincidentes en el México de 1954, en las casas de Montilla y Hernández Solís, en el “Centro Asturiano”, donde por cierto llevó la palabra un galleguiano excedido, Raúl Roa, y estuvo presente Lázaro Cárdenas, de cuya amistad gozó Gallegos en Michoacán, mientras contemplaba el sol distinto de Morelia y recordaba cosas de la patria con los jóvenes venezolanos inscritos en la Universidad nicolaita.

Lástima que crónicas volanderas no sean capaces de recoger con fidelidad la relación del Gallegos político con el Gallegos escritor, los altibajos de esos compromisos y la mudanza que en el ánimo de muchos venezolanos causaron. Decir que el arte es eterno y la política breve, aun por pura parodia, tiene valor de axioma. Y si comparo esa ostentosa magnanimidad de hoy con aquella mezquindad de lucha política en el ayer, por el mismo camino podría contraponer la actitud de quienes en 1950 publicaron el número único de la revista *Cantaclaro* y ahora se hacen discretamente a un lado sin reclamar privilegios de galleguianos a ultranza o de hombres ajenos a estos cambios quebradizos. Pues en 1950, esa revista *Cantaclaro* fue decomisada por la SN en la imprenta de Catalá, por dos razones: porque en la portada traía foto de Gallegos con una leyenda exaltativa y en páginas interiores un artículo de Rafael José Muñoz sobre la narrativa galleguiana, y porque quienes componían la redacción eran ya jóvenes fichados como pertenecientes a los partidos antidictatoriales. Muy tristemente, cercanos a la cuarentena y tras haber pasado por cárceles y exilios, aquellos jóvenes de ayer miran el desfile. Están fuera de escena, y es lo honrado y lo que ennoblece.

Volviendo de Venezuela a México, geografía de su novela inédita, creo que los mejores fragmentos hasta ahora publicados de ella son los incluidos en *Cuadernos Americanos 100* y donde aparece el capítulo “Tierra bajo los pies”, uno de los títulos alternativos de la obra. Es la avanzada de los cristeros contra los reclamadores de tierras en lo más tenso de la lucha agrarista, bajo la imagen de Tata Vasco (el vasco de Quiroga de la gente purépecha). Los que piden tierras son colgados y debajo de los pies de cada uno al grito de ¡Viva Cristo Rey!, los fanáticos van colocando sombreros llenos de tierra: “¡Ahí tienen la tierra que reclamaban!”.

Carlos Noguera

De Juan E. Zaraza. *El Nacional*, 02-08-1969

¿De dónde vino? De una región, Cojedes, que lucía en los mapas escolares de 1940 en amarillo escarapelado y extendido como cuero de res y cuya única virtud parecía ser la de contar con un municipio, El Baúl, para el cual los muchachos no tenían que hacer mayor memoria en la hazaña de nombrar uno por uno los distritos y cabeceras del Estado. ¿Por qué lado apareció? Por las esquinas donde Altagracia y La Pastora se unen o desunen, entre lechos de ríos moribundos y sucios: por la Editorial Vanguardia, empresa donde se editaba el quincenario *En Letra Roja*. El joven, procedente de un grupo con letras esotéricas *En HAA*, vio de cerca entonces a los otros grupos, presentes allí para acumular experiencias, debatir estéticas y tomar cerveza. ¿Qué escribía entonces? Laberintos, textual e intelectualmente laberintos, poemas encadenados por cuevas gozosas del lenguaje, continuaciones dedálicas de conceptos desplomados entre versos, intelecciones atadas en sí mismas, con nudos de brillantez sintáctica. ¿Qué hablaba? Callaba más bien, rico en el arte de oír y dueño de risas sin estrépito, irónicamente prendidas en los labios, como en son de misterio y lejanía. ¿Quiénes eran sus compañeros? José Balza, también psicólogo, del que ahora parece distanciado en juicio sintético, y que entonces y ahora se ha metido en una prosa de esplendor, flotante, como impulsada por tropismos idiomáticos, móvil hacia un punto que sucesivamente se desplaza y no se apresura; Pérez Peralta, un joven silencioso que ha acometido la increíble hazaña de mimeografiar más de ocho mil revistas, reunir las hojas con las colaboraciones de Rita Valdivia, la que murió en Bolivia, de Aníbal Castillo, de Tortolero y Gasca; y en fin, desde entonces o un poco después, encontrados en el camino, y exceptuando a José María Cadenas que es su compañero de trabajo, Argenis Daza, un excelente poeta llegado de Guayana, Jorge Nunes, Caupo (que publicó Elías *En HAA*). Ángel Eduardo Acevedo, Luis Camilo Guevara, el balanceante Pepe Barroeta y el “chino” Valera Mora, que sin plan quinquenal pasó en cinco años de una poesía épica a unos himnos desmenuzados, brillantes de surrealismo e intimidad.

Toda esta biografía de ficha clínico-literaria es para presentar a Carlos Noguera, el ganador del concurso anual de cuentos de *El Nacional* con una narración –habla él– que centra la anécdota “en la debacle moral de un excombatiente cuya solidez política se desmoronó ante un conflicto ideológico y social que sufrimos actualmente”. Temática, llamémosla así a pesar del cuestionamiento terminológico, demasiado ancha para un cuento, pero angustiosamente desafiante, vivida, afrontada, como para que un venezolano de treinta años la deje ir de las manos.

Noguera, a quien muchos tenían por poeta y nada más (pasaron los tiempos en que el poeta se basta a sí mismo, como Dios), era, lo sabía, narrador, y había concurrido con mucha esperanza al “Pocaterra”, de Valencia, con una novela que a lo mejor anda por allí despedazada, rectificada, liquidándose en sus posibilidades de impresión. Y ahora sorprende con un cuento y con la narración de lo que estaba allí, la violencia que algunos fechamos para no olvidarla y otras la recogen en restos y ruinas, pues dejó su sello de inacabamiento y rotura, de objeto yerto y furor amargo.

La gran papelería

De Juan E. Zaraza. *El Nacional*, 27-08-1969

Al mirar la bien trajeada edición de *¡Alto esa Patria! Hasta segunda orden* (Autobiografía de Braulio Fernández), puesta a circular por los Ovalles a través de “La gran papelería del mundo”, me vienen a memoria dos proyectos fabulosos comentados en una y otra ocasión, bajo luz parpadeante de neón de bares, con Caupolicán: la empresa, que yo deseaba común con los Ovalles, y que ahora acometen solos y escoteros, de rescatar cuanto testimonio afiebrado de generales y locos, de carceleros y engrillados, de peregrinos y aventureros, durmiese en viejos periódicos y en ediciones perdidas tal vez para siempre; y la otra de ayudar en alguna forma, hasta el extremo del halago, a que Caupolicán no desmantelara la gran papelería, acosado por el hambre y la bohemia, y se metiera en la tarea luminosa de proyectar los infolios y las páginas, dándoles un desorden venezolano, al contrario del personaje de Adamov invadido por los papeles de un muerto y sitiado por los cuatro lados, casi sin redención, por los mandatos del orden burgués.

Así que me alegra hojear esta bellísima edición autobiográfica de un general que estuvo diecinueve años (o diecisiete) en campaña sin que su cuerpo fuera herido ni prisionero jamás, al revés de Buendía, pero identificado con él en la región increíble de la historia. Y a medida que avanzo en la lectura de esta crónica en bajo venezolano, en aguda imaginería dialectal, me queda ese placer de lo leído con oídos, de lo contado oralmente, con imágenes y sonidos que pasan a la tipografía sudando aún sus gotas sensoriales, avivando el tacto y aguzando una vertiginosa capacidad de captación, pues el general Braulio nos lleva, sin comas ni pausa, de una batalla a otra, de una emboscada a un fusilamiento frustrado, de un caballo a su lecho de muerte.

Esta autobiografía, parecidamente a la del coronel Párraga que corre en el boletín del “Archivo de Miraflores”, es breve, como tratando de compendiar esos 96 años de soledad de Fernández, pero gusta en su suculencia popular, en su ocurrencia y

desparpajo, con igual apetencia que las 362 páginas apretadas de las memorias de Antonio Martínez Sánchez, publicadas por Garrido bajo el título *Nuestras contiendas civiles*, y donde una se da de narices con el fusilamiento de Rafael Blanco, con el trío espectacular de patiquines caraqueños, con los saqueos bajo el anduecismo agónico, con la verba del pueblo (El general Guerra, Pata-de-palo; Ángel Ovalles, el general Ciegove, y Julio Sánchez, Berraco-palante), con las miserias de La Rotunda y la faramallería del castrismo. En trance de inventar géneros o clasificaciones, podría decir que esta es una subliteratura cuyo empuje y frescura están llegando a la “nueva narrativa”, para aposentarse en ella sin permiso y desalojar a la prosa perfectista de los Díaz Rodríguez, al realismo pequeño-burgués del 28 y al lujo y el protocolo lingüístico traspasados por Meneses y los europeos a Esdras Parra, José Balza y en menor grado, a Jesús Alberto León. Subliteratura de sobrevivencia, resurrecta de su sintaxis disparatada y de su jerga de campaña y pobrecía, emerge a lo largo de siglo y medio de analfabetismo, batallas, ascensos y caídas.

En esta prosa hablada, suerte de cinta magnetofónica transcrita desde la memoria hasta el presente, en lápiz o plomo y con saltos temporales inauditos, se encuentra de todo, como en bazar de San Jacinto; la promesa sorprendente de Bolívar (El jefe que me tome a Caracas el año 21, el 12 de mayo, será premiado él y sus tropas: promesa de astrólogo y capitán, extraña, venezolanísima), el verbo gráfico y totalista “fisonomisándonos”, “hospitalaria”, el demostrativo misterioso e inubicable (“destrúyame aquel fuego que me sale de aquel guatacaral”), el dispendioso sentido de Patria y de heroísmo, axiología que ha movido a Venezuela durante doscientos años (“¿Quieren irse para sus casas o seguir la libertad? -Le contestaron: seguir la libertad mi general”), el bestiaje descrito en heterografía plebeya, a pincelazos (“llegua rusia marmoleña, machorra, con colmillos arriba y abajo”; “bestia zaina pavona”; “mula rusia color de baquira”), las expresiones de una violencia a fondo, de una aritmética de sangre (“Me contestó: vi la resta Fernández; así es que podemos hacer Patria”) y hasta el currículum vitae desafortado, como de quien entrega cuentas al diablo (“ Estuve 19

años en campaña; del 10 al 21, del 46 al 48 por la candidatura del General Antonio L. Guzmán; y del 59 al 63. Mi cuerpo no fue herido ni prisionero jamás”).

Una autobiografía, sacada no de un diario, sino de la memoria hazañosa y sin orden, patas arriba como su pueblo.

Martín Echeverría

De Juan E. Zaraza. *El Nacional*, 28-01-1970

Martín Echeverría y Elmer Szabó son dos jóvenes criminólogos, dos investigadores profesionales que incursionan en un mundo peligroso: el del hombre y la palabra. Solo en quienes la palabra tenga tanto arraigo (como “avión”, “naranja”, “frío”), su manejo detectivesco podía conducir a la localización de una casa de secuestradores.

Echeverría, como Szabó, era un alto funcionario de la PTJ que a raíz de la “Operación Oriente” se volvió insumiso. Se le veía desagradado, quejándose de un país en subdesarrollo policial, y burlándose de la novatada allanadora de Escovar Salom, pues, como se sabe, en Caracas es tan peligroso meterse con la zona del Oeste (Catia, 23 de enero, Lídice: ¡esos barrios no importan!) como tratar de hacer una demagogia publicitaria en la que pueden salir dañados jefes de policía como, en aquel entonces, Peña Peña. Si Martín Echeverría mostraba su amargura por el despido y la prisión a que fue sometido, Szabó, un joven educado en Europa, de gruesos anteojos, iba del Paprika a Cruz del Sur jurando insólitas venganzas. Para uno y otro, sobre todo para Echeverría, gran mago contratado por los Servicios Especiales de Relaciones Interiores, la hora llegó con el secuestro del joven Taurel, luego de sucesivos estruendosos fracasos de la PTJ que los expulsó de su seno.

Si hiciera falta presentar a Echeverría más extensamente, habría que ir al poemario *Alarido*, publicado en 1967 en uno de los minivolúmenes de *Lírica Hispana*. En uno de los poemas Echeverría, especialista al fin en problemas sociopenales, traslada el renglón poético hacia la región vindicatoria:

en Caracas un millón de desempleados

[o en Venezuela

-en el Este la Operación Oriente

[o la traición de la Peña

en el Interior el plan de vivienda

[o una promesa
en mí mi soledad o tu belleza

Sin mucha riqueza verbal recuerda así Echeverría la “traición de la Peña Tanguera” para después, en otro poema, hacer su ficha maiacovskiana, por la que nos enteramos que su edad de entonces era 26 años, su cédula la N°1150976 y su profesión “poeta en ejercicio”. ¿Fue ese ejercicio lo que lo llevó, como a Szabó, a fijarse en una trinidad de palabras eminentemente significativas, o fue el olfato de policía que en cursos de posgrado en Europa se cultiva en algunos particularmente dotados para la investigación, las asociaciones, el detectivismo?

Echeverría no está ya en la celda de Petare, rumiando su desesperación contra una PTJ ineficiente y, además, carcelera con los rebeldes. Szabó no pasea su figura de maliciosa palidez por el boulevard del Este. Ni uno ni el otro están para rememorar las sesiones del “Grupo Diez” en que ellos oían a Oswaldo Capriles y a Mundalúniz para luego hablar. Ahora están, por lo menos Echeverría, adscritos a los Servicios Especiales de un Ministerio cuya costumbre no es tratar bien a la poesía.

Quiera Dios que en ellos el investigador de los hombres no mate al investigador de la palabra, pues cuando tal cosa sucede sobreviene la soledad y la culpa. Ya lo escribió Echeverría, en un arrebató metafísico: “en mi escritorio hay una sombra que grita”.

Mientras pasan los días. Enemigos de la B.N.

De Juan E. Zaraza. *El Nacional*, 27-02-1970

La Biblioteca Nacional, es lamentable, también tiene enemigos, pues no todos los visitantes poseen la devoción de Aquiles Nazoa, Rosas Marcano, Manuel Alfredo Rodríguez, Rafael José Muñoz o Argenis Gómez; ni todos los que han pasado por allí como directores o altos empleados han sido lo suficientemente cuidadosos para impedir sustracciones, mutilaciones, garabateos y niñerías: ni todos los del personal constituyen un modelo de atención como Caracciolo Rivas, Jesús María Sánchez, Pacheco, o los de la Biblioteca Circulante; ni todas las reformas que han llevado a cabo, algunas vigentes, parecen las más recomendables.

Tiempos hubo, y no sé si han pasado, en que años y años de periódicos estaban amontonados en un cuarto, sin posibilidad de encuadernación por falta de presupuesto. Las adquisiciones brillaban por su ausencia al punto de que para conseguir un autor moderno había que llegarse hasta la librería más cercana. ¿Puede, todavía hoy, conseguirse en la BN a *Pedro Páramo*, *El empleo del tiempo*, *Cambio de piel*, *La celosía*, o Beckett, el último Malraux, Albee o Bellow? Ni siquiera los escritores jóvenes venezolanos se ocupan de enviar sus ejemplares por triplicado a la BN y no hay manera de hacer reproducir, como no sea en una máquina Xerox a 1,50 por página, materiales de importancia.

El destino de ciertos ejemplares y diarios es incierto. Una vez consulté *El libro rojo*, cuyo título no es ese, desde luego, y dos años más tarde, aunque figuraba en el fichero, no aparecía para su entrega. Un folleto que supongo interesante y cuya cota es V-22 C-312 (León Valles. *Compendio de guerrillas*) no he podido lograrlo, pese al interés que reviste para los estudios históricos, sobre todo por su fecha de edición, a comienzos de siglo. El álbum de fotografías de Boulton sobre La Rotunda, debidamente consignado en la ficha, no ha dejado huellas. Y así sucesivamente, a menos que el azar me depare una sorpresa o un desmentido.

En cuanto al abastecimiento de materiales de escritores venezolanos que realizaron extensa labor narrativa o periodística en el exterior bajo las dictaduras de Gómez y Castro, ¿cómo

conseguirlos si hasta la misma literatura clandestina o de destierro más reciente no está registrada? No las obras de Jacinto López, sino microfilms de su periódico en EE.UU., que seguramente reposará en bibliotecas de ese país, quisiera uno mirar, así como lo realizado por Zumeta o Dominici. ¿De qué medios valerse para tener acceso a “Vida Obrera”, “Libertad”, “Acción Cívica”, “La Chispa”, “El Martillo”, “Trabajo”, “Bandera Roja”, si la literatura política de la década 1960-70 es casi ilocalizable en la BN, por falta de cuidado de sus autores y de la acción de un grupo de investigadores que rastree aquello que va a ser realmente historia?

No, no solo amigos tiene la Biblioteca. Enemigos, muchos: los que niegan presupuesto, los que imponen limitaciones, los que introducen reformas apresuradas. Lo digo yo, que debo leer mi viejo periódico de los ochenta, acodado en la incomunidad, con un muchacho al lado, inquieto él por las aventuras del suplemento, y con estudiantes de bachillerato al frente, que bien podían consultar su Baldor o su Siso Martínez en una biblioteca del liceo.

El tema de la revolución

De Juan E. Zaraza. *El Nacional*, 07-04-1970

Hay libros que valen por el prólogo, prólogos que condensan un estilo, estilos provistos de una significativa brevedad. Encabalgadas las tres afirmaciones, pueden aplicarse con honestidad al prólogo de *El tema de la revolución*, escrito por Luis Beltrán Guerrero con movimiento de polémica actual, en una prosa conceptual y pausada donde se ve la admiración por Cecilio Acosta y por César Zumeta, así como el lento trabajo personal de poda y sacrificio.

Guerrero es ahora Premio Nacional y, por cierto, esto inhibe a quienes ante su idioma de ensayista hemos profesado cierta devoción, al estimar en él contemporaneidad, precisión y densidad. Pero como se trata de juzgar un prólogo, de tasajear algunas de las ideas allí manejadas, correremos el riesgo de olvidarnos de lauros y adentrarnos en la discusión.

En ese prólogo un intento de recoger cuanto en Venezuela ha aflorado en los últimos doce años en materia de temática revolucionaria, tarea difícil a la hora de las condensaciones porque, a diferencia de otros períodos históricos, el posterior a la caída de Pérez Jiménez está marcado por la muerte, la violencia, la pugna y el odio, constituyéndose así la revolución no solo en tema sino en carne, en vividura. Cada frase pronunciada en esa etapa, o destila sangre o dice algo de un drama personal, partidista y generacional. La dificultad de síntesis crece cuando el debate recibe, como en Venezuela durante la década terrible, el impacto de las revisiones, enfrentamientos y tácticas exteriores. Sin embargo, a esa empresa de unir Petkoff y Uslar Pietri, Cecilio Acosta y Rodríguez Iturbe, con Garaudy y Deshusses, Fidel Castro y Lipset, se lanzó el cronista Cándido.

Una primera observación a su paseo panorámico es la cita de Teodoro Petkoff: “el partido sustituye a la clase, el Comité Central sustituye al Partido, el Buró Político sustituye al Comité Central y finalmente un solo hombre sustituye al Buró Político”. Hombre tan cuidadoso en las citas debería saber que Petkoff pecó con esa frase de plagio involuntario, pues es copia casi fiel de una

de Trotsky en 1905, reproducida por varios escritores posteriores, entre ellos Benedict Kautsky en el ensayo “La aparición de los revolucionarios profesionales”. Aparte, desde luego, de la apropiación transtextual de Gilles Martinet y Benno Sarel.

Después, otra discutible tesis, acaso subordinada de aquella sobre el fin de las ideologías, de la que en Venezuela hemos leído algo en Baldó Casanova y el columnista G. P. Según Guerrero, las banderas desteñidas de la ideología se han convertido en mitos. ¿Es verdad? Si el policentrismo socialista y las impugnaciones críticas al sistema capitalista, si el repudio vitalista y caótico de los “hippies” y el renacimiento de la “acción directa” pueden conducir a semejante conclusión, en cambio el afloramiento de las diversas vías teóricas, tanto de cambio como de cuestionamiento (Mao, Debray, Guevara, la “nueva izquierda”, los modelos socialistas) indican lo contrario.

Moribundas las clases, moribundas también las ideologías, Guerrero se enamora de la analogía y pasa a afirmar que “en Venezuela no puede existir conciencia de clase”, con lo que adapta a la realidad nacional, donde ya el proletariado figura esclarecidamente en las estadísticas, las reflexiones de Bernstein y de Abba Lerner. ¿Cómo es posible que para decretar la inexistencia de la conciencia clasista Guerrero mire hacia el pasado y no examine las tendencias de desarrollo? Es posible porque en esta materia Guerrero es esencialista y duerme con idealismos y frases decimonónicas.

La última proposición que nos interesa en el prólogo es de que los estudiantes son hoy en Venezuela la vanguardia de la revolución marxista y “también de la socialcristiana”. Pero los estudiantes, en Venezuela, vanguardizaron en favor de los caudillos en 1908 y los estudiantes, con furor de predestinados, jugaron a la misma vanguardia en 1928. A los versos de Spire, por Guerrero citados, replicaríamos con los de Spinetti Dini, Otero Silva y Ruiz Pineda, escritos en los años de naciente sindicalismo en que los estudiantes llevaron ideas socialistas a la masa obrera.

Desafiante prólogo, zumo de descripción, el de Guerrero nos ha arrancado de momento estas pobres meditaciones. Que no son todas.

Mientras pasan los días ¡Oh, poetas!

De Juan E. Zaraza. *El Nacional*, 19-05-1970

El bravísimo y nutrido comentario de R.T.G. acerca de mi artículo dominical “Salustio González Rincones”, “¿no merece una respuesta rápida? Sí, R.T.G. se permite copiar”, “con algunas correcciones”, la inscripción inicial de “Saturniana”, “por estimar que al transcribir tan extraño lenguaje se deslizaron algunas trasposiciones de letras”. Esa trasposición, y si ella fuera delito, Salustio resultaría culpable de muchos, ni la cometí yo ni mucho menos el fidelísimo linotipista, pues el texto reproducido en el “Papel Literario” es idéntico al que trae la edición de *La Yerba Santa*, D.A. salida de la Imprimerie Artistique A. Fabre. Por eso, cuando Salustio, tanto en el anagrama original como en el corregido por R.T.G., señala que fue escrito el poema en 931 del boulevard Saint-Michael, ¿no quiso decir, más bien, en el 131, número de la imprenta? Esta pregunta podría responderla R.T.G., quien si debe saber, por sospechas que abrigo, la casa donde vivió en París, para 1928, Salustio.

En cuanto a anagramas y juegos malabares, a palabras retorcidas y metaplasmos, a idiomas peregrinos y contracciones, a riesgos numéricos (un ejemplo: ¿qué significa el 10.001/99/00 puesto al pie de la “Saturniana?”), señalados tanto en mi breve nota del 10 de mayo como en otras tres anteriores publicadas en *El Nacional*, particularmente la dedicada en marzo de 1969 a las relaciones entre la criptica de Salustio y la de Rafael José Muñoz, estimo que González Rincones es una mina. No solo empleó el anagrama para hacer impostura de sí mismo al firmar “Otal Susi”, su poemario *Viejo jazz*, editado en 1931, según R.T.G. (mi ejemplar trae fecha anterior: 1930) y otros más como *La yerba santa*, 1929, y *Cantando germinan*, 1932, sino que el “apócrifo profesor Ottius Halz”, nombrado por mí como especialista en lenguas indígenas, y creo que inventadas para “épater le bourgeois”, al revertir la disposición de letras quedaría sucesivamente “Zalusthio, Zalustthio, Shaluzttio o Zhalusttio”, así como *Sir Sawy Lost*, contradictor de Ottius en la interpretación de la “Curiarola”, se convertiría en *Sir Salwstyo. Lost* o perdido, *Sir* o profesor. Salustio

dará mucho trabajo a nuestros críticos cuando emprenda la búsqueda de su mundo poético.

No en la inscripción saturniana, no en ese “juego increíblemente pueril” al que Góngora y los alejandrinos fueron afectos tanto como Apollinaire y ciertos vanguardistas que sacaban de quicio a Gómez Carrillo, pero sí en muchos poemas usó la jitanjáfora. La nota de *Élite* con motivo de su muerte alude a los versos de “Sebucán” y “El banjo” como precursores de las sonoridades de *Sóngoro Cosongo*, y en materia de golondrinas raras, a más de la de Huidobro, habría que observar en el cielo la de Salustio: “Vuelta golondrinanza/Bejur!”.

¿Anagramas, ludismo de la palabra, infantilización de la masa idiomática, oficio de eruditos? Rafael José Muñoz ha excavado la tumba de Kruñoz, conversado con Rafsol, cambiado su rostro por el del dios “Leafar” y escrito el misterioso “Karabalagia Muzoñumjuansan”. En él hay poesía, y plena, deslumbrante. Y en cambio, de Bolívar se dijo, para llamarlo en anagrama de modo distinto, *Omnis libravo*. En este caso hay erudición.

Lo cual celebro, pues los poetas vinieron para asustar al burgués con su irreverencia, y los eruditos para elogiarlo con sus reverencias.

Edgar Hamilton

La comuna en Venezuela

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 28-03-1971

La heroica Comuna de París, es contemporánea, pero no coetánea, de nuestra Guerra Federal, y ambas, aunque frustradas en su momento, surgieron como semillas del porvenir. Según anécdota, Heriberto García de Quevedo, coriano trashumante, trotamundos literario y coautor con Zorrilla de poemas bíblicos, murió en una calle de París, víctima del levantamiento comunero. Betancourt confesó, en su epistolario de bolchevique antillano, que la historia de Lissagaray, con los miserables de Hotel de Ville y los tambores y la Marsellesa, le había encogido el corazón, como después los disparos nocturnos cerca de Miraflores se lo pondrían cual "capilla sin santo". Gustavo Machado sostiene que el recuento día a día de ese mismo Lissagaray es más conmovedor que el de John Reed sobre las diez jornadas rojas. Manuel Caballero, casi imberbe, en el café de Villiers, mientras se lamentaba de la deserción del Marty de la revuelta del Mar Negro y soñaba ser el periodista de fuego, con frase huguesa, estilo wumseriano y cortejo de adjetivos, escogió como seudónimo de milicia el de "Raúl Comuneros". Y antes, en 1876, nuestro Domingo Santos Ramos, solicitó permiso de Julio Claretie, autor de una *Historia de la Revolución Francesa de 1870 a 1871*, para editar la traducción por él realizada y que, por cierto, en primeros frutos fue saliendo por entregas semanales. Tres gruesos volúmenes, en tinta de la imprenta de Espinel e hijos, recogieron los esfuerzos de Ramos que a "la fogosa y pintoresca lengua castellana" (Claretie) manejaba con retención clásica, tiesura, enteriza exterioridad. Para Ramos la Comuna fue una "ambiciosa criminal y fratricida lucha".

Tres tristes tigres

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 28-03-1971

Tan divulgada como la foto del desfile estudiantil del 28, es la otra de Rómulo, Jóvito y Joaquín. “¡tan amigos entonces y tan cómplices en empresas juveniles!”, tres reyes magos de la literatura y la Universidad, siempre en busca de los 20 puntos y al encuentro de una prisión. Decía Saxo Gramático Pérez, cierta noche de aula clamorosa, al soplo de la inspiración causada por aquel cielo de la vieja Hacienda Ybarra, que entre los tres jóvenes no había secretos. Rómulo tuvo sus sarampiones poéticos y sus salidas críticas: imitó a Musset y aseguró, por allá en 1925, que los cuentos de Rafael José Cayama no eran para “bachilleres dispéuticos cuya vida transcurre familiarmente entre Spencer, Taine y el bicarbonato”. Jóvito no tecleaba mucho la prodigiosa máquina de Juan de Mairena y prefería el ensayo respiratorio, el período ciceroniano y la elocuencia, creyéndose a sí mismo un personaje de *Pasiones*, la novelita de Gil Fortoul donde los oradores calzan puntos polémicos y dotes proféticas. En cuanto a Joaquín, apagaincendios por Trujillo, oyó el canto de sirena vanguardista con anticipación cruenta, pues no paró en reflexiones para visitar redactores-jefes y entregar cuartillas con desplantes lingüísticos: Arráiz elogió al fútbol y al garaje, y Joaquín, ¡en 1926!, al *tennis* y al *player* invisible, para después incluir brisas de Marconi, el pájaro de acero de Lindbergh, el “five o’clock” del Paraíso y el ómnibus, ese tranvía que, en verso ista, había roto rebeldemente el silogismo de los rieles.

Todo aquello se perdió, no en el París de Gertrude Stein, sino en la Caracas de La Yerbera, el tango y el sacalapatalajá. Para conservar pedazos del jarrón de porcelana, pues ya la “generación del 28 está algo sepia y cursiestampada, algo camp, Saxo Gramático, el más grande cantor de la iglesia veintiochista, debería imitar el ejemplo de Otero Silva: echar una fría, larga y abarcante mirada a la generación perdida, a sus trabajos y sus días”.

La poesía de Acosta Saignes

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 28-03-1971

En 1930, Lucas Manzano ya debía contar tantos años como hoy Carlos Augusto, entonces un adolescente de audaces juegos poéticos y de ojos enneblinados por la sombra de Ramos Sucre. Para esa fecha la revista de Lucas Manzano, *Billiken*, gustaba de apartar una página para la "Lírica nueva" y, ¡claro!, muchos sesentones de la Caracas de boutiques y patinatas, teleféricos y helicoides, se asombrarían de su mala memoria: ellos también fueron poetas para la época en que Libertad Lamarque afinaba su voz juvenil en los foxtrot de moda y Gómez se hacía dar (fea pero exacta la expresión) recitales en Maracay. Pues bien, entre los jóvenes poetas de aquellas tardes estaba Miguel Acosta Saignes, quien por lo visto, trataba de *tovarich* a sus panas burdas de la literatura. He aquí un poema:

REMANSO

al Kamarada Carlos Eduardo Frías:

Hemos hablado de la Hermana Pálida.
Debimos estar
entre pinos verdes.
El patio fue triste

(etcétera, etcétera, etcétera)

Donde las etcéteras son nuestras, único modo de abreviar esta tercera noticia. Cuatro años después, Miguel Acosta timoneaba una revista y pasados unos más se dedicaría al estudio sociológico y a la antropología. Desaparecerían los poemas...

Sobre Proust y Reynaldo Hahn

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 11-04-1971

Antes de Marcel Roche evocar su infancia y ligar en sus recuerdos a Reynaldo Hahn con la Francia musical. Antes de Cándido pasear su figura de indígena goloso por la Biblioteca del Banco Central y escribir sobre la amistad del autor del *Bal de Beatrice d'Este* con Joaquín Silva-Díaz. Antes del redescubrimiento de nuestro gran músico, por allá en la década del 40, la prensa venezolana registró noticias sobre aquel hijo de hamburgués y venezolana cuya vida se enlazaría tanto a la de Marcel Proust. En 1898 *El Cojo Ilustrado* comentaba el triunfo de *La isla del ensueño* y en 1933, en traducción especial de *El Universal*, Bernard de Vaulx publicaba su entrevista con Reynaldo Hahn. Desde luego, a flote, como alga marina en la prodigiosa conversación, surgió el tema Proust, que Paul Souday había introducido años antes, en una Venezuela adormecida por el criollismo y los carnavales. Hahn aludió a las brumas de su juventud inconfesable, a su avidez teatral, a la impertinente obsesión que en él despertaba la Bernhardt, a la música, que era su elemento natural de desplazamiento, y al buceo que había realizado, entre ocios y premeditaciones, en el siglo XVII francés. "Proust no tomaba en serio mi pasión por el siglo XVII –revela a de Vaulx–. Un día me había hablado mucho de Retz. Al otro día fui a encontrarle y le leí un texto del Cardenal que confesó no conocer. ¡Era un pastiche! ¡Lo había sorprendido! Mi intimidad con Proust ha sido para mí de las más fecundas" ... Y por allí sigue, trayendo a memoria la fobia que por el catarro sentía el inventor de los Swann y los Guermantes de los pastiches sobre el "asunto Lemoine", de la nueva novela francesa.

Según Maurois, había querido Proust que su primer libro, *Los placeres y los días*, llevase prólogo de Anatole France. Y que las melodías de Hahn se mezclaran con los textos. ¡Y no es todo en los terrenos inverosímiles de una amistad propietaria de inmensos privilegios!

Los cuentistas rojos de 1930

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 11-04-1971

Su ensayo sobre la novela, algo escaso en librerías desde hace unas dos décadas, revela una extrema inquietud crítica que al paso del tiempo, y tal vez por reclamo de actividades extraliterarias, fue zambulléndose en la indiferencia, en un atraso en la agujas del reloj. También habría que interponer sus yerros políticos, que no fueron pocos ni menores, desde aquel veto a los escritores que deseaban ingresar a la AEV, en días oscuros, hasta la escena al pie de la estatua de Bolívar, en México, un 5 de julio, frente a un bosque Chapultepec nunca tan alegre como entonces. Pero no hay que equivocarse, Angarita Arvelo fue un husmeador de la nueva literatura en el decenio 1920-1930, mientras Semprum sagitarizaba (y satirizaba, aunque sin tino) a la vanguardia. Uno de los trabajos, y aquel data de 1930, más esclarecedores sobre la cuentística insurgente, la de *válvula y Élite*, es el de Angarita. Por allí desfilan Joyce, la III Internacionales, otra vez Proust, Picasso, Cocteau, jazz y guerra, ruido de motores y todo aquello que, según él, había servido para ahorcar la elocuencia entre los de su generación. Debe citarse un párrafo, porque sorprende su publicación en la época de hierro del gomecismo y porque testimonia con fidelidad:

Después de la guerra aparece –alba del 17– el espíritu de una Rusia diferente a la de Andreiev, acaso la Rusia de Dostoievski, creación del milenio desbordado. Y una literatura en un todo distinta a la de “Sacha” o a la de “Sanín”, con inquietudes y arrebatos diferentes, dominada por la exaltación bolchevique”... “La técnica cambia y se reforma”, agrega, para nombrar seguidamente las lecturas de *Julio Jurenito*, *El tren blindado*, *Las ciudades y los años*, y concluir en que entre “aquella ideología morbosa de la Rusia de antes de la Revolución y esta técnica contradictoria de los escritores rojos se ha formado el espíritu de estos cuentistas venezolanos.

Se refería, por cierto a Uslar Pietri, Himiob, Salazar Domínguez, Carlos Eduardo Frías y otros renovadores del 30.

Arvelo Torrealba en “Las Tres Torres”

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 11-04-1971

Ya se le venía la muerte encima y él, en lugar de temerla, jugó a la repregunta como en los desafíos de *Florentino y el Diablo*. Su hijo, Alberto Arvelo Ramos, un filósofo que rebate en lo oscuro y que meterá guerra en nuestras ideologías de esta década, lo azuzaba para la memorización, en la que era pasmo de todos. A un periodista le recitó a puro recuerdo, en cierta oportunidad las décimas con que en los calabozos de Las Tres Torres (Barquisimeto, 1920) ganó un singular concurso promovido por el general Gabaldón, amigo de otros poetas encarcelados, como Pío Tamayo. Decían los cuatro primeros versos:

En este encierro en bochinche
la ley que el Bagre promulga
se cumple a pico de pulga,
de carángano y de chinche.

Por ahí se iba, entre dichas y desdichas, aquel que en 1928 había ya publicado *Música de Cuatro*, y que en 1933 sorprendió con *Cantas*, “micropoemas de once versos, dos coplas y un tercero”, según propia definición.

En el camino se cruzó con Lazo Martí, viniendo de Martín Fierro, y yendo en compañía de Pedro Sotillo, Morales Lara, Barrios Cruz. Su familia era de poetas, maestros en el verso si se trata de Arvelo Larriva, vallejano antes de Vallejo, y profundos en la meditación, como Enriqueta Arvelo, para quien el llano es una geometría, una perfección del número, una armonía.

El gretagarbismo y el bondismo

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 23-05-1971

Cuatro décadas plenas han pasado y el país se ha inflado de cosmopolitismo, edificios de estructura de aluminio, torres petroleras, superbloques, automercados y sociólogos. Entonces ni era rural ni era urbano, estaba en tres y dos, lluvia con sol. El cine –y también la radio– era la moda, sobre todo en esos días en que los artistas empezaban a oírse y verse al mismo tiempo, sembrando decepciones en algunos de los más grandes. Álvarez Marcano era más poeta que crítico cinematográfico y Rojas Guardia tan poeta como crítico cinematográfico: “Tu corazón de sueños, Greta / siempre filma recuerdos”, decía en uno de sus poemas sonámbulos de aquél 1931.

Y Ramón Díaz Sánchez, que estaba metido en el Zulia de *Mene*, escribía sociología sobre los nuevos tiempos e incluso ideó un libro que se quedó en veremos, *cociente*, con minúscula de vanguardia. En uno de los ensayos enfocó el fenómeno fílmico-freudiano de la década en despunte, el gretagarbismo, así como no hace mucho se analizó, a más alto nivel crítico, el bondismo, acaso lo opuesto dentro una misma actitud ante la vida. Pues gretagarbismo para Díaz Sánchez era una aleación de fuego y hielo, un nordismo exasperado, un furor manifiesto en facciones de esfinge, a diferencia de la *flapper* bobá que expresaba un ideal erótico deportivo y simple, muy de los yanquis de los años locos. Y en Bond la virilidad también es extraña, casi fría, propia de héroe cibernético o de un renacimiento deportivo.

Greta Garbo –anotaba– inicia un evento moral frente a Clara Bow, prototipo de la *flapper* cinematográfica. Ni aun bajo el artificio de las luces Kleig y en la convencional profundidad de la pantalla, es una belleza la europea. Mucho menos ofrece la bonitura de la Bow: su figura flexible, ahilada y vibrátil (acaso muy llena de sinuosidades angulosas, como señalan sus rivales), es la antítesis de la vivacidad deportiva, un tanto andrógina, del tipo norteamericano que por un momento pareció imponerse en Occidente.

En síntesis, la Garbo era una mujer fatal, enigmática.

Ramos Sucre y dos más

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 23-05-1971

Poeta en prosa y como tal ininteligible y molesto para los burgueses que no acceden a aventurarse en el torbellino lírico sino cuando han sido previamente advertidos por la apariencia de los renglones cortos. Poeta de élite que exige al lector un espíritu casi tan ágil como el propio artista, porque no es este, ciertamente, de los que construyen peldaños de declamación para hacerse accesible a las *alafs* flácidas.

Poeta que convive con los personajes de Dante, Shakespeare y Homero, y siente y quiere afirmar que ellos tienen una realidad más cierta y más legítima que la del transeúnte callejero” (Augusto Mijares. “La poesía de Ramos Sucre”, *El Universal*, 15 de junio de 1930).

Mijares, que fue en la década del 20 poeta de versos alígeros, rápidos, flotantes, escribió entre los primeros un testimonio del compañero que había puesto fin a su vida en Ginebra. Es que él, Pedro Sotillo, Gabriel Espinosa, Víctor Manuel Ovalles, Enrique Bernardo Núñez y otros, muy pocos por lo demás, no toleraron que el lucero se apagara. Desde Panamá, donde había concebido *La galera de Tiberio* (y sospechamos que la galera salió de un descubrimiento submarino en 1924, del cual en otra oportunidad daremos cuenta), Núñez dibujó en tinta negra el recuerdo:

Los últimos símbolos, joyas y talismanes de sepultura, han quedado prisioneros en sus despojos y sobre el ataúd obreros invisibles han grabado un escarabajo.

Un poeta en 1931

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 06-06-1971

I.- Siempre desnudos los vientos. Investibles. Pero aún más al llegar a esta cumbre del libro. (“El agua desnuda se desnuda más”).

II.- ALTIPLANO

Es adonde han llegado los vientos.

La poesía de fronda tórnase ahora más clara, alegre y esperanzada.

Poesía, ahora, de altiplano.

De altiplano: se miran, abajo, los pueblos. Se oyen las sirenas, en cuyas voces lanza Lejanía terrones y polvos de azúcar.

Se piensa en niños y nacimientos; realmente se nace a una límpida vida. De las yerbas húmedas de rocío.

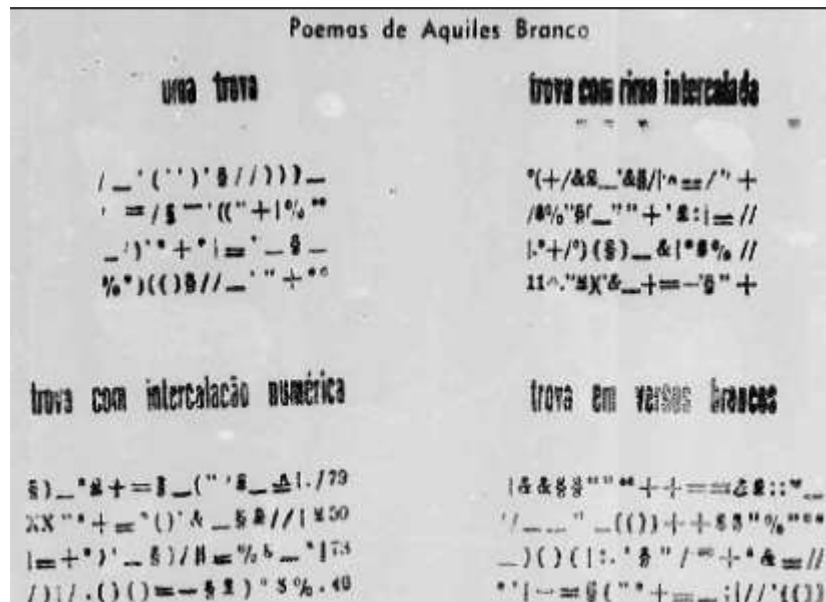
Flirtean los ángeles: “Jugábamos al amor en la pájara pinta de las estrellas”.

Dulce país de camaradería –reina: Doñana– donde la “mañana se asoma –por el halcón de una enredadera– hacia el canto de un pájaro”.

Tal vez sea esta la interpretación más original de la poesía de Fernando Paz Castillo. Acababa, el poeta y crítico de publicar *La voz de los cuatro vientos*, que tantos elogios obtuvo por entonces. Verso transparente, sin piruetas, buscaba contacto con la trascendencia, lo que lo apartaba del sonido modernista y del metamorfismo y las agresiones verbales tan en boga con el vanguardismo. ¿De quién la interpretación? De un muchacho de 17 años, discípulo de Ramos Sucre: el poeta Carlos Augusto León, que ya maduro, se arrisca cada vez que alguien le recuerda su militancia en el GOT, el esotérico grupo de los piaches intelectuales de aquella época, cuyas siglas son descifrables a diferencia de las de *En HAA*.

Poemas de Aquiles Branco

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 06-06-1971



Nota. "Poemas de Aquiles Branco" de Jesús Sanoja Hernández, presentado bajo el seudónimo Edgar Hamilton, y publicado en Papel Literario de *El Nacional*, el 06 de junio de 1971.

Y para no dejar atrás a Lubio Cardozo, que siempre anda jugando con el idioma y nos acaba de enviar la revista *K*, letra que en rojo se distingue la sucesión XENOWGSQKD de la portada, reproduzcamos cuatro poemas -signo donde el brasileño Aquiles Branco puso los dedos y -por algo somos ya hombres cibernéticos- la máquina de escribir, instrumento de nuestra prehistoria, puso la imaginación a la fantasía.

Grupo cero de teoréticos. G.O.T.

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 04-07-1971

Grupo Cero de Teoréticos, con siglas más traducibles al cristiano que *En HAA*, no era grupo esotérico en cuanto a sus rituales y propósitos, pero sí tenía aquel ambiente de tertulia propio de iniciados, de piaches todavía a nivel de aprendices. En ese sentido, pues, dijimos que era esotérico, por su ocultación nominal y por su sortilegio de círculo, y que ambos no son inventos nuestros lo demuestra que alguien del G.O.T ande desesperado en busca del tiempo y los papeles perdidos. Medio vivimos y medio morimos en aquella época y, como quien no quiere y a la vez quiere, atizábamos la memoria hace poco, en un bar de los que antes de desaparecer frecuentaba Rafael Oliveira, y ¿qué sacamos a la superficie? Un poema amoroso que Rojas Guardia leyó silbando esos, en abril de 1931. La conferencia de Carlos Eduardo Frías sobre cinema parlante cuando se atrevió a insultarlo para elogiar al cine mudo y, en buena hora, a Einstein, y acerca de la cual LAM (¿Luis Álvarez Marcano?) escribió una entusiasta nota días más tarde. Una lectura poética de Carlos Augusto León, de la que no hay grabación pero sí copia en un viejo baúl con remates de hojalata estrellada, y que coincidió con los ejercicios musicales de Ascanio Negretti, Luis Calcaño, Albeiro Roldán y Ríos Reyna, no por cierto los únicos, pues cuando Víctor Manuel Rivas fue invitado de G.O.T. las divas María Teresa Castillo, Eva Mondolfi y Pomponette Planchart interpretaron música popular, con acompañamiento del mismo Ascanio Negretti, de Inocente Palacios Cáspers –recién graduado con 20 puntos– y Moisés Moleiro.

Luis Castro y Rojas Guardia

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 04-07-1971

Hubo una sesión en que se leyó el poema “Aguas verdes” de Luís Castro, quien para Rodolfo Quintero era el mejor poeta de la generación del 28, así como el marqués de Oliveira fue el mejor prosista. “Aguas verdes” figura en *Garúa*, el poemario editado por *Élite* después de la muerte de aquel que predijo la suya en un poema vallejano por los cuatro costados. En alguna parte de “Aguas verdes”, en algún verso suelto, decía Luis Castro:

¿Qué son las aguas verdes?
La tarde en ellas resbala su música inter-
[media.

Y el poema que Rojas Guardia fue soltando, dándole acentuada parsimonia a los versos en mayúscula, se llamaba entonces “Etapas de un amor detenido” y debía formar parte de un libro con el nombre de *Intimidación, al aire*. Lo cierto es que lo incluyó en *Poemas sonámbulos*, con pequeñísimas variantes. Por ejemplo, en la sesión de G.O.T., Rojas Guardia dijo:

Sin pensarlo, eras esto:
LO QUE ME HACÍA FALTA.
Que al llegar a soltar impurezas,
etc., etc.

Y, en cambio, en la redacción de *Poemas Sonámbulos*, donde toma el título de “Estampas de un amor paralítico”, dice:

NOVIA
Sin pensarlo, eras esto:
LO QUE ME HACE FALTA.
...que al llegar a dejar impurezas
etc., etc.

El otro Matías Carrasco

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 04-07-1971

Abandonemos el barco del G.O.T. y digamos algo sobre Matías Carrasco el Viejo, para diferenciarlo de Matías Carrasco el Nazoa. Matías Carrasco nació en Guasipati –bien lo recuerda María de Lourdes Salom– y publicó en 1945 *Siembra en el viento*, teniendo como presentación el “Soneto casual” de Mariano Picón Salas, “único soneto que se le conoce a don Mariano” y aquí si yerra María de Lourdes, pues creemos guardar uno dedicado a Aquiles Nazoa, más o menos de la misma época, y otros más antiguos, escritos en sus días de adolescente y de fanático lector de Mallarmé.

Bien transcribe María de Lourdes Salom el soneto “Carabobo” de don Matías, que nos excusaremos de repetir, puesto que ya este domingo es juliano y la fecha sesquicentenario ha quedado un tanto atrás, y además por una razón superior, la de que Matías Carrasco nos gusta sobremanera en su canto al chaparro y en su poema a la muñeca de cera, que era Elisa, su hija. Con unos tragos de ron “Bucare”, en medio de las sabanas de “Las Elisas”, apretadas las botas con las equis de los cordones y los botones de presión, era de ver a don Matías recitando aquellos versos, los ojos hacia arriba y la entonación zigzagueante y gutural. Dicen que esa magia ya está perdida y que la voz de Matías Carrasco, dentista y exprefecto, caballero en mula castaña, ya ni se oye. Es una lástima.

Delpino frente a Lugones

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 18-07-1971

Aquiles Nazoa posee varias composiciones de Delpino y Lamas, personaje por quien siente profunda devoción. Al “mágico sombrerero” lo han admirado muchos, aunque a veces uno se pregunta si entre ellos no habrá algún bromista jugando al serio, lo que nunca sería el caso de don Pedro Emilio Coll, pero podría ser el de Tosta García, humorista y político que alcanzó la cumbre cuando hizo de la política tema del humor. ¿Pero bromea, o qué, Tosta cuando en su “paralelo culterano” compara, con ventaja para Delpino, a este y Leopoldo Lugones? Tosta, que dice admirar a Góngora, mas no al “Las soledades”, pues allí perdió los estribos, reprocha al poeta argentino, tan afamado a comienzos de siglo, que hable de la Luna en “eróticas didas cálicas”. Su “himno a la Luna” -agrega- es moderna arca de Noé en la que abundan “pollinos sedientos”, “murciélagos sencillos”, “tigres aterciopelados”, “coros de leones”, “relumbrantes sardinas”, “gallos anacrónicos”, “búhos con ojos de caldo”, “tiburones oyendo el valse *Sobre las olas*”, y así sucesivamente.

En cambio, ¡hay que leer los 17 endecasílabos del soneto estrambótico y lunático de Delpino! En otra oportunidad transcribiremos, en resumen de domingo, la superioridad que Tosta otorga a Delpino sobre Lugones. Se van a asombrar.

Lenguarada de Salustio

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 18-07-1971

¿Lenguarada de Salustio Huidobro nada más? ¿El poeta colombiano cuyos versos recita de memoria Luis Beltrán Guerrero? ¿Los letristas y los que han amaestrado aquello que Alfonso Reyes estudió como la prodigiosa jitanjáfora? No, también Salustio González Rincones, compañero de Gallegos y de Julio Rosales en *La Alborada*. He aquí la parte final de “Palabras sin romanza”:

Metrópolis de plata
Sobre la cual welgata
El Nadir
De tu seno y tu boca
En otro tiempo moca
Zanoir
Cuando jamás ninguna
Quién llama? Derriguna
Amor?
Cuando será que pueda
El que de tu armoneda
Fulgor!
O fuese que se habían
Rosado en armonían
Malazar.
Tus círcoles eltinós
Suaves como caminos
De altar!
Aquella que te vélzase
Zaburo, pena y félzase
Tu edén.
Pero si no te olvido
El mismo convertido
Y arcén!
Sonantele la carta
En canción que se parta
En dos
Labios beso rojoro
Porque aldeñado adoro
Tu voz!

Consalvi no era de los veinte

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 18-07-1971

Consalvi negó que fuera uno de los –veinte. El grupo Veinte, tal vez nombrado así por imitación del grupo Veintiuno, fue anunciado el 4 de septiembre de 1951 por el joven Camilo Balza Donatti y, según él, lo integraban Torrealba Lossi, Luis Beltrán Mago, Carlos Díaz Sosa, Marco Aurelio Rodríguez Coronil, Pedro Luis González, Omar Vera López, Balbino Blanco Sánchez, Armando Alarcón Fernández, Franco Puppio, Leandro Luces Parra, Simón Alberto Consalvi, Armando Bolívar Díaz, José Sierra Pérez, Oscar Díaz Quintero, José Sánchez Negrón, Eddie Rojas y el propio declarante. El día “0” quedó en claro que los veinte eran quince, pues a los diecisiete nombrados hubo que restar: Consalvi que, como queda dicho, afirmó no pertenecer a tal grupo literario y ser más bien aficionado a la lotería y el “5 y 6”, ¿dónde está la incompatibilidad? ¿Acaso Otero Silva, Pastori, Aquiles Monagas y otros grandes y pequeños no son fanáticos del juego?, mientras Mario Torrealba declaró que él tampoco andaba en compañía de tanta gente. El día 6 “desertaron” Franco Puppio y Sánchez Negrón, en pareja, como buenos guayaneses, y el grupo se redujo a fatídico trece.

Consalvi escribía entonces medio clandestinamente para *La Esfera* y para el futuro *Libro Negro*. Su seudónimo en la década militar fue “Ulises”, el mismo que periodísticamente usaría después Martín Garbán y que tanto disgustaría a Luis Esteban Rey, hermano mayor de Consalvi en la crónica internacional.

Gessenheijkt, Pablo

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 29-08-1971

Muchos extrañan que Rafael Brunicardi hijo sea “comentarista de libros” y quizá no recuerden que tal fue su oficio en 1945, cuando por aquí estuvo Nicolás Guillén, Mayz Vallenilla publicaba más cuentos que Armas Alfonzo y Armas Alfonzo hacía más reportajes que Germán Carias. Por esos mismos días, Rojas Guardia daba a *Élite* un capítulo de su diario de confinamiento con el título de “Los días olvidados”. Era una narración autobiográfica que cubría el viaje a Porlamar, luego de la prisión en “La Rotunda”. A bordo del *Stuyvesant*, antiguo paquebote de la Compañía Real Holandesa, Rojas Guardia se dirigía a la isla, en un afán de libertad y de recibir hospitalidad en la casa de la madre de Luis Castro, el poeta extraordinario cuya novela quedó regada en revistas y perdida en la memoria de los vanguardistas. El camarero socialista del barco se despidió del joven Rojas Guardia con un “*Gessenheijkt, Pablo*” al poner pie este en Pampatar, muelle a donde no llega –escribía él– el vapor “Maracaibo”, “ex-Caracas”, secuestrado por Otero Silva, Machado, Betancourt, Plaza. Error el del poeta de *Trópico lacerado*, ganador en 1945 del Premio Municipal: Betancourt no tuvo nada que ver con la “hazaña de Curazao” y Salvador de la Plaza se había quedado en México en labores de propaganda.

Díaz Rodríguez en Margarita

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 29-08-1971

Este paisaje de Pampatar, el trayecto hacía Porlamar, cielo y mar, quedaron grabados en el espíritu de Rojas Guardia. Hay una página de apuntes de Díaz Rodríguez sobre esos mismos espacios, impresión directa y telegráfica de la que lamentablemente no surgió ningún libro como en el caso de Enrique Bernardo Núñez:

Pampatar, pueblo arriba y pueblo abajo. A uno y otro lado cocales nuevos. La recién casada y su suegra de La Asunción.

Porlamar: campos cristalinos –brisa– mar sereno como un lago –desde mi balcón se divisa el mar hasta Coche y la tierra firme.– A la derecha Punta de Mosquitos. Perlas y su administración –¿por qué no administración directa como la inglesa de la India?– Empleado técnico clasificador. La playa de Bella Vista –botes de pescadores de perlas y de cordel–. – Exportación de conchas– ¿por qué no establecer la industria de botones con la concha, o exportar esta después de preparada para hacer los botones y así economizar fletes, etc.?

La isla propia para la agricultura, pero falta de agua. ¿Por qué no alumbrar la necesaria por medio de perforadores? El farallón de Pampatar se ve desde Porlamar como un templo de mármol.

El morro Moreno de Porlamar –cardones y tunales– peces jurel-lora de hocico verde, –lamparosa de Cumaná-Nasa-Mara– (medida para la sal, conchas, pescado, etc.), muchachitas vendedoras de pescado –maco (mamón)– el baño en la playa de Bella Vista. –La balandra tiene un palo, la goleta dos: además hay el bote o tres puños– playa amplia llana, agua clara, finísima arena...

Sacco y Vanzetti en Venezuela

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 12-09-1971

La publicación en *El Nacional* de una serie de reportajes acerca del proceso de Sacco y Vanzetti, nos trae a la memoria un tiránico recuerdo, radiación de descontento, fondo de malos días. Sacco y Vanzetti traspasaron nuestras fronteras, rigurosamente cerradas por el gomecismo, y fueron una forma velada de expresar el repudio. Todo aquí estaba envenenado, y más allá, en la metrópoli, enfermo por una bonanza que iba a dar de pronto en la crisis, algún poeta compuso una elegía a los anarquistas, mientras el órgano de la FEV –La Universidad–, según uno de sus redactores afirma, editorializó sobre el proceso. En *Caricaturas* consta otra protesta, en medio de notas jocosas. En el Stand Nacional, el 4 de septiembre, algunos jóvenes montaron un espectáculo beisbolero en donde los equipos se llamaban Sacco y Vanzetti, perteneciendo al primero G. Zuloaga, J. Corao, T. Báez, P. Maury, y al segundo C. López, C. Maal, V.M. Corao y A. Boulton. La prensa del exilio –Salvador de la Plaza, los Machado– dedicó extensos comentarios al proceso. Más tarde circuló en Venezuela *Los mesianistas* (traducción literal: *Los dioses del relámpago*), la terrible obra teatral de Maxwell Anderson en donde los dos revolucionarios están representados en las figuras de Capraro y MacKready. Poco se conoció *22 de agosto*, la novela de Ash, pero en cambio, en la década de 1950, cuando Howard Fast estaba de moda entre los luchadores clandestinos y los estudiantes marxistas, todo el mundo hablaba de *La pasión de Sacco y Vanzetti*.

Borges y la Revolución rusa

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 12-09-1971

Frente a vidas tan tormentosas como la de los anarquistas la quieta, erudita –y paradójicamente polémica– errabundez de Jorge Luis Borges. Por allí se comenta que el contraataque de Asturias tuvo su origen en una frase de García Márquez, enarbolada en ocasión del otorgamiento del Nóbel al novelista guatemalteco. Macondo se pronunció entonces por Buenos Aires, lo que hizo cimbrarse a Asturias e ir a revolver el cadáver de Balzac. Y de vuelta a Borges, digamos que a comienzos de la década de Babbitt, que en Venezuela lo fue del beisbol, el whiskey y el petróleo, ya *El Universal* publicaba algunos poemas ultraístas de Borges, junto con los de Norah Lange y González Lanuza. Poco se decía de la Revolución rusa y mucho de la fascista, con Mussolini a la cabeza. Sin embargo, por esa época, como lo señala Guillermo de Torre, el ultraísta Borges le cantaba a la revolución bolchevique. Por ejemplo, en su poema “Rusia”, avizoraba el mañana:

RUSIA

La trinchera avanzada es en la estepa un barco al abordaje
con gallardete de hurras
melodías estallan en los ojos
bajo estandartes de silencio pasan las muchedumbres
y el sol crucificado en los ponientes
se pluraliza en la vocinglería de las torres del Kremlin.
El mar vendrá nadando a esos ejércitos
que envolverán sus torsos
en todas las praderas del continente.

Años después Borges escribía en una revista caraqueña sobre el tango. Con cierta indolencia, abandonaba el mundo de la política y se iba con sus invenciones hacia otros laberintos.

Un pastiche de LEM

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 12-09-1971

En un diario caraqueño, por 1924, poco después de que Alberto Hidalgo sorprendiera con *Un canto a Bolívar* y de que Ramos Sucre publicara *El tesoro de la fuente cegada*, Luis Enrique Mármol fue dando a conocer sus extraordinarios inventos calcomaniacos, pastiches criollos entre los que sobresalían, por ingenio y exploración de lenguaje, los de Pedro-Emilio Coll, Paz Castillo, Urbaneja Achelpohl, el propio Ramos Sucre y el ávido Antonio Arráiz, ya en los umbrales del vanguardismo. El pastiche de Arráiz (publicado el 1° de agosto de 1924) fue recogido después, junto con los otros, en un volumen editado por la LAV. Hélo aquí, en su primera parte.

CARACTER

A la manera de Antonio Arráiz.

Tengo. Un carácter, de
huraña combinación;
amo, las
cosas inexpresivas:
las piedras
de los
c
a
m
i
n
o
s.
l-a-r-g-o-s, l-a-r-g-o-s,
frii-os
al amanecer
cuando tar-ta-mu-de-an
las bocas
con sueño
todavía...

Saludos a Lindbergh

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 03-10-1971

Hay cierto desacuerdo ideológico en el nacimiento del vanguardismo, culpable de que los mismos grupos que defendieron a Sacco y Vanzetti y, posteriormente, a Sandino, se entusiasmaran simultánea y excesivamente ante la llegada de Lindbergh, invitado del general Gómez, y futuro representante de los comités nazis en EE.UU. Pero es que en cierto sentido, Lindbergh tenía algo de revolucionario para los “veintiochistas”, algo formalmente atractivo: la audacia deportiva, el récord, la modernidad. El novelín de Pío Tamayo *Charles Lindbergh Llegó a Venezuela*, se agotó en Caracas en menos de una semana del presagioso mes de enero de 1928, a pesar de que el argumento era más propio de “novela rosa” que de una “nueva narrativa”. En el periódico *Mundial*, Paz Castillo y Fombona Pachano publicaron sus cantos al conquistador de los cielos. Por las mismas tardes, Joaquín Gabaldón Márquez paseaba leyendo su *Nuevo año vanguardista* anunciado, él mismo lo dice, “por el correo de Lindbergh, y transmitido por los alambres de Marconi”. Miguel Rocha no se quedaba atrás en su “Saludo a Lindbergh”:

Hurrah!, hurrah, hurrah
al pájaro de acero americano
y al hombre que planea
entre lo divino y lo humano.

Un gran pionero, cuyos poemas penetraron al ámbito obrero, la fábrica y el garaje, sin caer jamás en la poesía cartelaria, Antonio Arráiz, en *La boina del estudiante*, tomó un camino de excepción. Dijo carecer de voz para cantar a Lindbergh, y de tenerla, en cambio, para la boina del estudiante, loca boina que “ya busca su puesto en el mundo, al lado o del capelo de Oxford y del manto de Heidelberg”. Arráiz, pues, miró al futuro con ojos más claros que ningún otro.

El futurismo de Arráiz

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 03-10-1971

No está fuera de programa, recordar por segunda vez a Arráiz. Se le vio anticipar su voz en 1921, cuando la visita borbónica y caer en prisión a raíz de los sucesos del 28. Tornó en 1936 a la lucha periodística, juzgando con amargura el desarrollo de la guerra civil española. En abril de 1936, en una revista, fue reproducido su poema (¡tan diferente al jugueteo de la vanguardia o a los ensayos de *Viernes!*). A los obreros muertos en la carretera. Emparedada esta reproducción entre una entrevista a Rafael Antonio Barrios, sobre la insurrección o golpe del 7 de abril (en la que Arráiz participó), y una crónica sobre la muerte de Francisco Laguado Jayme en la Cuba machadista, ella impresiona por su fuerza poética y su emoción directa. No es un canto a la muerte metafísica, sino a la muerte física de 8 obreros en una carretera, causada por una explosión:

Mézclalos con la tierra,
Sin urna, sin sudarios,
[sin melindres.
Mete los ocho cuerpos,
[en el hoyo desnudo,
paletea tierra encima, y alisa
[el terraplén.

Indudablemente, hay un planteamiento poético desusado en Arráiz. El mismo de “Veintidós futbolistas”, “Amo el amplio garaje”, “La Esquina de Jesús”, “Como teclas que tocan”, “La turbina”. Una exasperación ante el ritmo diario de la vida, un trabajo de máquinas y luces eléctricas, la grasa y el tubo de escape, la agilidad de los cuerpos y el vuelco dinámico de la juventud.

La disolución de Cantaclaro

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 03-10-1971

Con el año de 1950 salta el grupo Cantaclaro, conjunto de jóvenes que sería tragado por la política y disperso en varios partidos. El Comité de Redacción lo integraban García Mackle y José Francisco Sucre, acciondemocratistas, y Jesús R. Zambrano, marxista. Y otros animadores del movimiento fueron: Rafael José Muñoz, Raúl Ramírez, Guillermo Sucre, de AD; y Sanoja Hernández, de la JC. El guía literario de la revista fue Juan Liscano, entonces emparentado con la izquierda y cuya casa servía de refugio a combatientes clandestinos. La edición fue incautada por la SN, salvándose algunos ejemplares. El editor Catalá –eso dicen– estaría más tarde al frente de la impresión del *Libro negro*, e iría, como la casi totalidad de los agrupados en Cantaclaro, a la cárcel. En la presentación de Liscano a la revista, decía:

El grupo Cantaclaro irrumpe en el campo de la vida literaria de nuestro país, en momentos de apremiantes responsabilidades cívicas, de angustiosas interrogantes, de necesaria inquietud beligerante. Los escritores que la componen vienen de los liceos donde cursan el último año; de la Universidad donde padecerán más de un desengaño, donde tendrán que acrisolar su voluntad para resistir al halago del doctorado venidero, con el que tantos estudiantes justifican su conformismo y sus apetencias materiales, donde también descubrirán entre sus propias filas, quizás a los primeros traidores al ideal que hoy parece alentarlos.

Teresa de la Parra, 1930

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 17-10-1971

Aquellas tres conferencias de Teresa de la Parra en Bogotá, en el esplendor de su fama, repartieron un aire fresco y al descampado, insólito dentro del clima intelectual feminista, y lo abatieron sobre las tierras de la mujer y la moda, la mujer y la tradición. Difícil decir qué era entonces Teresa, por los años 30, para Venezuela. Verdad que aquí se admiraba su prosa, humillada hasta la sencillez, puesta al rescoldo de dulces recuerdos y cribada a veces en el reproche, pero no tan verdad que entre la juventud que se enfrentaba a los hallazgos y pedía ejemplos gozase de simpatías. Gonzalo Carnevali, en Bogotá para los días de las conferencias, parlamentó junto con otros estudiantes un repudio simbólico, compartido en parte por la oposición colombiana. Enrique Bernardo Núñez, peleado con Carnevali y en funciones consulares en Panamá exótico, metió a Teresa en *La galera de Tiberio*, no como pasajera de la misteriosa nao sacada de las aguas en 1924, sino como una impertinente viajera del soliloquio. José Vasconcelos, todavía azotado por los látigos callistas, demoró en Bogotá para acusar a Teresa de algo así como de gomecismo. Ella, en esas tres conferencias, reconcilió su ánimo con la mujer de antaño, la monja exclausturada que en la habitación solariega montó altar con flores de trapo y llamó maula a San Antonio, o la mantuana que como Mamá Panchita, vestida de olán clarín, amodorraba sus prejuicios en medio de una ola de esclavas. El tiempo ya se ha amansado y todas sus acumulaciones de odio dan paso ahora a la belleza elegante, simuladamente clara, restauradora hasta en lo arbitrario, de Teresa de la Parra.

Estampa de Rafael Cadenas

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 17-10-1971

En 1952, a contracorriente del activismo, en una duermevela permanente en el calabozo de la Cárcel Modelo, Rafael Cadenas recordaba sus viajes por el interior para vender, como medio financiero de la JC, álbumes de Bracho y Lobos; decía una o dos palabras sobre sus “agites” en el liceo “Lisandro Alvarado”; ensayaba su francés de paciente autodidactismo. Casi todos sus compañeros salieron desterrados hacia México, Chile, Francia, Colombia, mientras él hubo de restar en Trinidad, contemplando barcos, flores, aguas, polvorientas tiendas. ¿Cuántas veces recorrió Charlotte Street, la calle que Romero-García atravesaba al tiempo que planificaba utópicas invasiones? ¿Cómo fue agudizando aquel su inglés que otros apenas mascullaban y en qué punto de sí mismo imaginó que el exilio era tan largo que ya lo había sacado fuera del propio centro? Lo cierto es que en 1956, Cadenas retornó a Venezuela, donde encontró algunos viejos (jóvenes, a pesar de todo) camaradas y una ciudad nueva (vieja, a pesar de todo) en la que andaba como barrenado por la angustia y una triste, depositada e inmensa esperanza. Con íntimos amigos conversaba de las costas y de las sales, del destierro interior y de los días que en Trinidad fueron cayendo en forma de conmoción acostumbrada, de hechos habituales. Por entonces no pensaba publicar *Los cuadernos del destierro*, producto repentino de una sedimentada y larga soledad meditativa, de un trabajo fatigoso sobre la palabra, de una “poesía para prosa o en prosa”. En *El Nacional*, por septiembre de 1936, Cadenas dio a conocer dos poemas de regreso: “Palabras para recibir el amor” y “Estampa”. En “Estampa” había ya la tendencia a la disposición en prosa y la característica sencillez expresivas de Cadenas:

Un barco, a velas desplegadas, se pierde en el remoto confín donde los ojos pueden alcanzar.

Llegó con la última luz de las estrellas, tomó la siesta en el puerto y siguió abrazado a las aguas intranquilas donde tantas veces he visto reflejada mi esperanza.

Lecturas en los años de la crisis

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 17-10-1971

Para 1931, muchos del grupo generacional del 28 estaban en el exterior, como Himiob, Otero Silva, Betancourt, Leoni, Pedro Juliac, Alfredo Conde Jahn; y otros, un poco más jóvenes, empezaban a sonar con insistencia en las páginas y revistas literarias, en las aulas universitarias, como Fabbiani Ruiz, Humberto Cuenca, Arturo Croce, Pedro Beroes. ¿Cuáles eran las lecturas? Cada quien dará su lista, puesto a juzgar desde el distanciado punto de observación que es 1971. Pero de Coliseo a Peinero, Biblioteca Cervantes, era posible conseguir *La derrota*, de Fadeiev; *Los conquistadores*, de Malraux; *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed; *Julio Jurenito*, de Ehrenburg; *Recuerdos, de la Krupskaja*; *La religión en el país de los Soviets*, de Hecker; *China contra el imperialismo*, de J. Andrade. La prensa traía muchos comentarios, además sobre *El espíritu de Dostoyevski*, de Berdiaev, y sobre el Premio Nóbel concedido a Sinclair Lewis.

El villano villón traducido por Salustio

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 23-01-1972

Villón o villano, su poesía de asadura y muslo, con la descomedida grosería y la confesión de tú a tú, se erigió en monumento que a la hora de la reivindicación de sades y genets, compartiría con ellos la dimensión tabernaria e irreverente, remisa a la respetuosidad y al buen decir, quemante y husmeadora y, por tanto, equivalente a una bomba en los museos y a un elefante en cristalería. Una vez que el freudismo, sus seguidores y reformadores abrieron las puertas del consultorio y las páginas de los libros para honrar a los grandes rebeldes del cuerpo, Villón entró como el pionero del salvajismo y el mejor representante de la vagabundería, el pecado y la palabra alocada. Salustio González Rincones, ese venezolano que abrevó en todas las fuentes, tradujo su "Bajada de las damas del tiempo ido", escrita en itinerario de escape, según Carco, luego de haberse

acostado con la vinosa Catault y de dedicarse al comercio de imágenes de Juana de Arco.

Tradujo Salustio:

Nieves de antaño: ¿dónde están?
¿Dónde Heloísa, santa un tris
Por quién castraron y fue monje
Pedro Esbaillart, en San Denis?

Lo que Alicia Ortiz traduce como

¿Pero dónde están las nieves de antaño?
¿Dónde está la prudente Eloísa?
¿Por quién fue castrado y después se hizo
[monje
¿Pedro Abelardo en San Dionisio?

Para el caso, Dionisio o Denis, da lo mismo. Fulbert hizo castrar a Pierre Esbaillart (a Pedro Abelardo) luego de que este desposara secretamente a Héloïse.

Terminaba Salustio, diferenciándose nuevamente de la traducción de Alicia Ortiz:

La reina Blanca como un lis,
Con voz cantaba de sirena.
Berta granpie, Beatriz, Alys,
Haremburgues que el Maine llena,
Juana la buena y de Lorena
Que Ingleses quemaron en Ruán:
Virgen superna: ¿cuánta pena?
Nieves de antaño: ¿dónde están?

Una palabra poco santa: choro

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 23-01-1972

Sin moderación, a la diablo, la jerga ha saltado a la narrativa venezolana. Britto García mete con desenfado los acoplamientos fonéticos extranjeros, Otero Silva extrema los equivalentes de la “marihuana” en caliche y lengua pseudohippie, a veces pachuca, mientras Noguera aclimata voces jergales de la delincuencia en el B'Q y las mezcla con, los préstamos del “habla de las FALN”, que a su vez es un batido lingüístico, pues en ella entran voces de los barrios bajos, vocablos traídos por cubanos, argentinos y chilenos, y finalmente algunas expresiones nacidas al calor de la lucha política o de la media lengua importada en discos de conjuntos musicales famosos. En un *magazine* dominical se afirmaba que “choro”, por ejemplo, era parte original del vocabulario hippie venezolano, e igualmente “pureto” y “curdo” y “cana”, todo lo cual es incierto. “Choro” es anterior al “hippismo”. La voz la hemos oído con asiduidad a partir de 1962 aproximadamente. En septiembre de 1963, el doctor Augusto Barrios, abogado que gustaba practicar el alemán en la “Colonia Tovar”, pero que en ese entonces estaba preso en “Las Brisas”, recogió unas cien voces usadas por el “hampa común y política”, y entre ellas figuraba ya, con bastante documentación, “choro”. Uno de los departamentos de castigo –digamos bien: uno de los calabozos– era el de los “choritos”, donde almacenaban a todos los menores de edad a quienes se acusaba de delincuencia política o común. El doctor Barrios tomó de ellos información, como la tomó asimismo de “comandantes de las FALN” de El Cementerio y Catia y de ese simpatiquísimo choro, reclutado como político, de sobrenombre “el Zurdo”, capaz de poner “*knock-down*” a provocadores de 80 kilos. “Choro”, además, si no nos equivocamos, apareció en un vocabulario hamponil recogido por Francisco Canestri, y es una de las voces de más ancestro y uso: según algunos proviene del sánscrito *cor* (ladrón), de donde derivó el *tsor* gitano (ladrón) y el choro del caló jergal. En América “choro” ha tenido amplia difusión, no solo porque la voz echó raíces en la lengua, sino porque las condiciones sociales han llevado al rango de profesión el agavillamiento de ladrones.

Desde un camello, fascismo y poesía ingenua

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 23-01-1972

Daniel R. Scott, quien en 1929 confesó ser del mismo pueblo que Víctor M. Ovalles y Santos Jiménez, publicó con el pseudónimo de “Sagitario” un libro misceláneo llamado *Desde mi camello*, muestrario de poemas cortos, y a veces en “prosa”, de cartas y anécdotas. Ingenuo en la versificación, no gustaba de debilidades en política, pues veía en el partido fascista la esperanza de Italia, y en el general Gómez la mano apta para conducir el brioso caballo de la revolución, etcétera, etcétera. Evolucionista y ugartiano, historiador a lo llanero y director de periódico provinciano, amigo de Sergio Medina y de Ismael Urdaneta, desconocido por más de una razón en la actualidad, de él nos vemos tentados a reproducir su “Poema del Platillón”, que es raro relato, sorprendente prueba de “poesía ingenua”:

Hijo menor del Ávila:
cerro azul te llamaba el Federal.
En el barbecho de sus colinas,
el guerrillero venezolano
guindó la espada, tinta en sangre.

Ramón Mejías y Santos Jiménez,
fusil al hombro, dispararon,
gritando Federación.
El vaquero amarillo, entretenido
hipnotizando el insecto, le ofrece a Zamora,
el color de la bandera, y el travieso Gonzal,
sobre la tara, le dispara el clarín.

Morir en la cárcel

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 30-01-1972

El presente es un empeño de negación del pasado, un desordenado amontonamiento de pequeñas fijaciones, un residuo que de pronto cobra matiz entre el desleimiento de recuerdos. Muchas veces me he preguntado, por ejemplo, qué sentido tuvo la muerte de Domínguez Acosta o la muy terrible del poeta Torres Abandero y quién, en medio de esta pobreza de amor que mina a los intelectuales, trata de instruirse en el sacrificio de Eliseo López o de Pedro Manuel Ruiz. Todos parecen tan lejanos, su fracción de agonía revela tan puro a quienes ahora surgen, y su ejecución sumaria –o muerte pasmosa– dice tan escasamente algo al oído de la juventud, que uno debe repetir incesantemente qué sentido tuvo todo: el apagamiento silencioso del teósofo Domínguez Acosta en la celda de La Rotunda, el vómito envenenado de Eliseo López, el ¡no me muero! de aquel sastre-poeta que se llamó Torres Abandero y el cadáver envuelto en la cortina de su propia celda de Pedro Manuel Ruiz.

Desaparecieron ellos sin indulto y sin indulgencia, castigados por la frase mala de los consagrados de hoy, cuyo embargo del pasado es perverso, y tanto más cuanto tratan de justificarlo con “esos no tuvieron obra, ni dejaron nada escrito digno de reevaluarse”. Apartado el hecho de que semejante juicio no es verdad, por lo menos en el caso de Domínguez Acosta, prosa limpia, orientalismo y espiritualismo en plan de reivindicación en el Occidente actual, subsiste la miseria moral de matar para la posteridad un mensaje de dignidad, una carta enviada por ese grupo de mártires, insobornables hasta en la agonía, a quienes debían ser sus herederos y trafican por allí, inanes y frívolos, con la mercancía de la cultura. Está claro que la misión del escritor es escribir, pero no está claro que la única arma del escritor sea el lenguaje. ¡Cómo si a través del fusilamiento, del calabozo, de la persecución, de la clandestinidad y el acoso no hubieran expresado su vida quienes escogieron aquellas muertes, tan bravas, tan hombreadas con el valor!

Sin caer en lo plañidero, pediré que no nos pase ahora, acá en Venezuela, lo que hace una veintena de años le sucedió al movimiento intelectual de EE.UU. Vicaria del macartismo por ese entonces, los directores de cine desfilaban por los tribunales arrepentidos de cada partícula de su ser que hubiese tropezado con el comunismo, los escritores se limpiaban la cara ante fiscales y defensores para que la conciencia luciera aseada ante posesos y delatores, mientras una gran masa neutra, fatigada, molida hasta lo último por el miedo, contemplaba el fenómeno como si fuera una intromisión del más allá en los asuntos terrestres. El proceso de los Rosenberg, hacia el que se avanzó espléndidamente a través de una avenida de brujas, acaso por filiación marxista que entonces no tuvo paternidad judía, ni metafísica de minoría nacional que la escudara, fue una excepción o una advertencia. La fascinación y el extravío moral de la Guerra Fría tal vez sufrieron allí un golpe, los primeros humos de un fuego demasiado catastrófico. Pero, si no bastan los libros producidos en la metrópoli para examinar el índice de locura colectiva de entonces, quisiera recordar lo que nos acaeció en México a varios venezolanos. Fue recibida por aquellos días una carta de un marxista norteamericano en la que se notificaba que en una prisión las autoridades habían planeado una fuga-trampa de “presos políticos” y que, inculcado un dirigente revolucionario de ella, había sido asesinado a golpes y mandarriazos. La prensa, no se extrañen, no dijo nada, y si dijo fue como si aquello no hubiera sucedido. Todavía me pregunto si recuerdo algo vivido o si desentraño un sueño.

Ha cambiado la faz de EE.UU., o su interior, y los guetos han estallado con toda su semilla transformadora y los marginados y las minorías intelectuales, antes que la seducción por la sociedad de consumo o por el sentimiento de gran potencia, desfilan ante el suplicio y logran conmover al mundo. Cartas de prisión y George Jackson serían inconcebibles en la tiesura y en el terror infértil de hace veinte años y hoy, sin embargo, estremecen los cimientos de una cultura que se creía plácida y dotada de un influjo a toda prueba, incluida la del tiempo.

¿Y nosotros? Parecemos dejar que los grandes ejemplos, como Domínguez Acosta, queden para los de su época o los de su tierra chica. Gozamos esa regionalización y ese pasadismo con una subterránea mala fe, y no añadimos nada para modificar el cuadro aunque fuese entre nosotros mismos, en familia. Muerto y enterrado hemos dejado a Oswaldo Orsini y minúsculo brilla, entre algunos amigos, Cheché Ríos. El tumor preside nuestro cuerpo y ese designio de ir pasando por lo bajo corrompe nuestro espíritu.

La lectura de *La escondida senda*, ensayos de un “filosofo espiritualista”, de un iniciado de los días de la Blavatsky y de Trine, trae un enorme sosiego a la conciencia. Aquel hombre que no puso en pareja a lo fariseo y lo nazareno y creyó en la alineación del Bien contra el Mal y buscó cómo conciliar a Cristo con Oriente, fue apresado por un artículo en contra del neutralismo en los “años decisivos”. Pocaterra, que lo vio morir (“entró a la música de las esferas serena y armoniosamente”), y Gabriel Espinosa, que lo prologó, difieren en el nombre del trabajo. Para uno, se trataba de “¿Sacrificio o Egoísmo?” y para el otro, que lo incluye en la selección, de un título más paradójico: “De lejos y de cerca”.

Está visto que no es el nombre del ensayo de Domínguez Acosta lo que interesa. Es su evangelio.

Poesía floral en Benavides Ponce

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 02-04-1972

Éluard descubrió el más antiguo de los secretos: que con el nombre de las flores se hacía de modo corrido poesía. Un novelista de porte chesteroniano, especie de Charles Laughton bonachón, paso a paso, y sin que nadie recuerde su floral poesía, fue anotando el brote de capullos, la caída de hojas, el surgimiento de campánulas durante los días caraqueños, todo sometido a tiempo y desgaste de sol, a lluvia y neblina, a luz inusitada. ¿Que diga su nombre? don Julio Rosales, camarada de Gallegos en los paseos por Valle Abajo. Luego vino otro, considerado como el poeta magistral por los de su grupo generacional, artífice del soneto, de apellido Beroes. Él, en su “Canción floral desde el jardín del cielo”, jugó con las palabras y las puso en aire de aromas, de equilibrismos frágiles y gozosos cromatismos: sol girador de Girasoles, Mimosas mimadas, mimosamente, luna de la gentil Lunaria, cirio de la Cineraria, y Tulipán-rizado y Campánulas que agitan su campana. Toda esta relación tiene la finalidad de citar a Benavides Ponce, padre del pintor Pablo Benavides y abuelo de Álvaro Benavides, diagramador y a veces jefe absoluto, como todo diagramador, de la página. En *Florilegio*, 1900, siglo muriente, imprenta Herrera Irigoyen, Benavides Ponce había abordado ya este mundo de jardines, solo que con cierto preciosismo modernista y cierto encantamiento romántico: no era en él la búsqueda del juego de palabras lo fundamental, como en Beroes, ni la vivencia diariamente experimentada, como en Rosales. Pero en un poema apenas desfilan crisantemas amarillos, trepadoras madre selvas, ardientes malabares, narcisos, castas margaritas, miosotis pequeños, gallardos tulipanes, campánulas azules, anémonas viudas y azucenas pensativas, claveles y amapolas “en sus alturas” aristócratas cautivas.

Al paso de Delpino y Lamas

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 02-04-1972

Pasó el aniversario de La Delpinada y también el de don Pedro-Emilio Coll, su excelente biógrafo, y poco fue lo que se recordó de la una y del otro. A Delpino, punto negado benévolamente por José Gil Fortoul, lo señalaron algunos humoristas enemigos de lo “nuevo” como precursor de la vanguardia. Y al grano con la página de *Fantoches* de 1928:

No obstante los cuarenta años largos transcurridos de entonces acá, todavía en Caracas no se ha olvidado La Delpinada ni el nombre del dulce Chirulí del Guaire, don Francisco Antonio Delpino y Lamas; y es justo que ahora, cuando los jóvenes escritores están enfebrecidos con la nueva escuela literaria que llamamos Vanguardismo, recordemos a este poeta metamorfofísico y clarividente, que fue el precursor, el verdadero bautista de la nueva secta, cuando producía lucubraciones de verdadero sabor vanguardista, como aquella:

Paloma que vas volando,
sentada en tu rama verde
llegó cazador matote,
¡más te valiera estar duerme!

O aquel otro paisaje de impresión al cubo.

Zapatico de azúcar,
chinelita de arroz,
qué bonito paisaje
el de Maiquetía.

Zapatico de azúcar,
chilenita de arroz,
amarra tu mona
que ya me mordió.

Cierta vez, un amigo le dijo a don Francisco Antonio:

- ¿Se ha fijado, Delpino? Los muchachos lo están imitando.

Y el genio prevanguardista contestó, muy orondo:

- Me están imitando, pero no pueden, ¡no pueden!

El regreso de Chaplin

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 16-04-1972

Faltan apenas unos meses para cumplirse el cuarto de siglo del famoso artículo de Chaplin "Yo declaro la guerra a Hollywood", que en la práctica era una respuesta a las campañas del diputado Rankin y de un senador con apellido bien puesto: Harry Cain. Las incidencias del caso Charlot fueron verdaderamente chaplinescas. Antes se había visto atacado por el grupo de prensa de Hearst y molestado por el Comité de "actividades no-americanas", símbolo de la definición en negativo que culminaría en macartismo, entonces presidido por Parnell Thomas. Cuando embarcó en el *Queen Elizabeth* llevaba la idea de *Candilejas* y la disposición de no volver más a la tierra que lo recibió como "El emigrante" y terminó por honrarlo como "Un rey en Nueva York". Promesas se hacen, pero la vida se deshace, y a medida que el tiempo traga los sentimientos hay uno que crece desmesuradamente, obstinadamente, y es el del retorno. ¿Cuántos republicanos juramentados durante la Guerra Civil no aguantaron el destierro y se acogieron a una vuelta silenciosa? Chaplin, para responder al Ministro de Justicia de EE.UU., Mr. Granery, quien el 19 de septiembre de 1952 declaró: "No tiene ni tendrá autorización para volver a Estados Unidos", sostuvo a su vez la decisión de no pisar tierra norteamericana. Y ya se ve: una veintena después Hollywood lo recibe con entusiasmo y él debe aceptar los honores.

Hay en esto una situación boca abajo, perfectamente chaplinesca, en que un vagabundo de pronto debe asumir el papel de predicador o un marginal codearse con un millonario. Pues lo cierto es que si EE.UU. ha regresado a las ideas de Charlot, libres y desenfadadas, con esa triste alegría circense, ni Charlot ha virado hacia el modo de vida norteamericano, lo lógico ha ganado terreno sobre lo burlesco y el *clown* ha tomado la vida más en serio. Al descender del avión, la cabeza toda blanca y el caminar lento, se le notaba en el rostro un mensaje de reconciliación. Chaplin, como Picasso, es un mito y resultará difícil que no sobreviva a todos los cambios.

Ese tango que no muere

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 16-04-1972

Desde luego, no iré a La Peña Tanguera a oír a Hugo del Carril. Mi amor por el tango no es tanto como para solicitar un crédito a corto plazo y consumirlo en una sola noche. Pero hay amigos míos que sí harán el sacrificio, pues son miembros de la sociedad de tangófilos y no van a dejar pasar la oportunidad en blanco. A Hugo del Carril lo vi en cine, cuando el Ayacucho daba a escoger entre tres localidades y el centro de la ciudad eran el Pasaje Capitolio y la esquina de Las Gradillas, y no el Radio City, el B'Q y la Cervecería Lara. Cantaba, en uno de los films, aquello de "en un bosque de la China" y había mucha lágrima, tanto en la pantalla como en el público. ¿Y la llegada triunfal de Gardel a Caracas y su apoteosis radial? También, más atrás, en el 28, generación a la que por desgracia no pertenezco, pues ello me inhabilita de llegar a Miraflores sin hacer antesala en el INCIBA, estuvo de moda, junto con *Besos y cerezas* y el paródico *Botero del Volga*, el tango *Pato*, que en parte decía: "te saludé y vos te hiciste el gil", con lo que se ve que gil no es palabra de reciente ingreso al argot patotero, sino tan vieja como el sacalapatalajá. El tango se bailaba en el Club Paraíso y era signo de gente *chic* y mucho antes se daban de él noticias en la prensa caraqueña. Apartado el célebre reportaje con la prohibición papal y la exaltación de medio Europa, baste citar la crónica fechada en París el 12 de enero de 1913 y enviada por su autor, José Juan Cadenas, a *El Universal*:

Efectivamente, el tango argentino hace furor en París, y no hay *cabaret* ni *restaurant* a la moda donde no nos corrompan las oraciones los músicos ejecutando esas maravillas que se llaman *La morocha*, *El Pericón*, *La rumba* y demás estulteces por el estilo. Las grullas de última hora bailan que se las pelan haciendo trenzados y figuras rarísimas, y los bailarines a sueldo se ven solicitadísimos y apenas si tienen tiempo para dar lecciones de danza tanguista a los discípulos espontáneos que surgen todos los días.

¿Algo nuevo bajo el sol?

Renny Ottolina, el número uno

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 16-04-1972

Margarita D'Amico, quien recoge todos sus rebalses críticos, todo su amontonamiento de notas y todas sus punzantes opiniones acerca de la TV en el reciente libro *Lo audiovisual en expansión*, insiste en su tesis de que Renny Ottolina, "el número uno", es el animador más brillante de nuestro idioma, en lo que va incluido por supuesto todo aparato, imagen y *showman* que se encuentre entre El Paso y la Patagonia y, cruzando el océano, entre los Pirineos y Gibraltar. Margarita D'Amico demuestra lo suyo con abundancia de pruebas y argumentos y no fue casual que replicara a un "añorante del pasado" –en cuyas filas militó a un 90 por ciento de capacidad instalada– que eso de películas de la década del 40 exhibidas por TV, con pésimo doblaje y precaria imagen, no es televisión. Para la autora, TV es presente y ese presente no es una apoplejía de antaño donde los medios pueden confundirse y el lenguaje intercambiarse. En definitiva, hay que estar en la onda, y algo de eso traía aquel volcánico documento de la Escuela de Letras en que decían los renovadores: "Para nosotros la televisión es más inquietante y propone más que Rómulo Gallegos, a pesar de vuestra palabrería, señores profesores", frase que le resultó a los muchachos tan sísmica que debieron atemperarla más abajo, aclarando que estábamos entregando lo que nos quedaba de nuestra espiritualidad, y que Renny Ottolina era el venezolano "más representativo". En fin, la TV es la TV y no el cine, ni la literatura, y habla y se ve a través de su muy específico lenguaje, por lo cual quienes todavía creemos que culebrones como *Suez* y *María Antonieta* son parte de nuestra vida, o que el Ronald Colman de *Prisionero de Zenda* y *En la noche del pasado* es insuperable, o que el Robert Taylor del *Puente de Waterloo* y la Vivien Leigh de *Ana Karenina* significan mucho, debemos alquilar nuestra película y hacerla pasar en una sala de segunda ante un público integrado por los cooperativistas del cine de antaño.

Retén de Catia

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 21-05-1972

Todo hace pensar que Juan Sebastián Aldana sea un seudónimo y que no corresponda a un joven estudiante medio ido de este mundo y en cuya biblioteca de pensión figurase como libro prestado y por casualidad *El Don fluye apacible*. Desde el comienzo en este documento penitenciario, de tan profunda raíz social y tan acusadoramente dirigido, hay una escritura como desgana, con inserción de recortes de revistas y periódicos, sujeta a una lengua conversacional y a una descripción simple que le dan a la narración un tono familiar, sin esfuerzos, solo alterada por alguna reflexión moral o un apóstrofe político.

No he puesto interés en descubrir el seudónimo por la razón superior de que todos los hechos expuestos, a manera de historias personales de presuntos delincuentes, son tremendamente reales, no enmascarados, con lo que pasa el asunto del nombre del autor a un segundo plano. Efectivamente, él nos va guiando a lo largo del documento periodístico, de los expedientes novelados, y mostrándonos el drama de cada uno de sus compañeros de celda – Rufino, Pedro José, Jesús Rafael, el negro Pepe, Ramón– y componiendo con su montaje sencillísimo la biografía de una sociedad desnivelada, sometida a los coletazos de la violencia en el período 1968-71, tremendamente hipócrita, con sus siembras de marihuana en apartamentos millonarios y sus operaciones policiales tipo Vanguardia, con un poder judicial que parece copia del expuesto en Corrupción en el Palacio de Justicia y con una juventud pervertida en los calabozos de los retenes y las policías, donde además de apaleamientos y torturas se le ceba en la droga, el homosexualismo y el negocio sucio.

Quien alguna vez se desesperó, como yo, ante la circunstancia indescifrable de un desacoplamiento entre la realidad real y la realidad imaginaria de nuestra literatura, y aquello fue precisamente en el apogeo de la violencia, 1963, ha podido ver, a lo largo del último quinquenio, el surgimiento y extensión de un género que estuvo en desuso durante mucho tiempo, a pesar de su raigambre en la vida venezolana, con

exponentes tan destacados como Pío Gil, Pocaterra, Blanco Fombona, José Heriberto López, Jorge Luciani: ese género no es propiamente el panfletario, sino lo que ahora se llama la literatura-testimonio. Ciertamente, de una parte a acá, y apartadas las novelas donde se ha infiltrado la violencia especulativamente – *País portátil, Historias de la calle Lincoln, Cuando quiero llorar no lloro, Vela de armas*– o con cierta glotonería vivencial –*Las cuatro letras, Entre las breñas*–, el documentalismo ha cobrado tanta importancia que la ficción y el simulacro han cedido con estrépito ante los pasajes carcelarios, las escenas de tormentos físicos, el *collage* de periódicos con denuncias de crímenes y campos de concentración, y los diarios de prisión, muchas veces confeccionados a base de apuntes cuidadosos y otras veces ensamblados con hojas tomadas de la memoria, de las revistas, de las confidencias y recuerdos de excompañeros de celda.

Los últimos libros testimoniales son este de Juan Sebastián Aldana y el de Ángela Zago, exguerrillera dedicada al periodismo activo. Pero antes, compuestos de diversa forma y como antesala para la remaduración del género que alcanzó fortuna con Pocaterra, habría que anotar *Expediente negro*, de Rangel, recopilación de informes y denuncias públicas; *El túnel del San Carlos*, escrito por García Ponce en forma alternativa, un poco a los Dos Passos, con narración de una peripecia inverosímil directa e inversamente, mitad argumentada en el avance de la excavación y mitad cimentada en la intercalación de noticias de prensa: TO-3, campo antiguerrillero, de Labana Cordero, sobreviviente de un sepultamiento y un reventón psíquico, próximo al degüello espiritual; y finalmente, por ser el primero en orden cronológico y por tanto ético (la primera respuesta, como el primer trago claudeliano, es lo que cuesta). *En el camino del honor*, de Gustavo Machado, que es un libro formal, sin fábula, casi una defensa jurídica, con el mérito no reconocido hasta ahora de haber abierto la posibilidad de una literatura no ficticia, vuelta de espaldas a la imaginación, puesta de frente a la realidad inmediata.

Retén de Catia asume las incidencias como si quisiera novelizarlas y hay oportunidades en que lo hace de manera tan radical que uno parece disparado desde lo acontecido hacía lo

irreal y colocado en una zona de estremecimiento inapelable. Las varias historias de Pedro José, culminantes en las torturas, son en este sentido alucinantes, con una vasta insolencia narrativa. Pero en otras ocasiones, el oculto narrador de *Retén de Catia* desnuda a protagonistas y actos de toda vestimenta fabuladora o “contada” y expone los hechos a la luz tribunalicia, con fechas, autores y circunstancias comprobables luego de un simple cotejo periodístico, y de estas formas introductorias de “casos” son ejemplos el secuestro de Taurel, la muerte (y veloz vida) del “comandante William” y, desde luego, el capítulo inicial de la obra, o sea, el allanamiento de la Universidad el 31 de octubre de 1969.

A la exposición larga y tendida de “casos reales”, Aldana añade indagaciones de la estructura social y requisitorias contra el Poder Judicial, la prensa mediatizada, el descalabro moral del venezolano y la corrupción política, para terminar en cierta exaltación del Poder Joven, producto residual que sobrevive en las cárceles luego de la borrasca política y de la ruptura generacional. Sin rechazar, siempre en el terreno documental, la gran mayoría de las reflexiones de Aldana, cuya cepa pedagógica se nota a las claras, me permitiré finalizar esta nota con un desacuerdo en torno a las conclusiones políticas del personaje Ramón. La responsabilidad que este personaje traspasa a un partido político peca de sectarismo y parcialidad, de elusión y simplismo, además de caer en un desajuste cronológico. Justamente, quienes para la época en que está encuadrada la narración de *Retén de Catia*, impugnaban la forma de lucha que condujo a la delación y la tortura, a la ofensa y la humillación, fueron los inculpados teóricamente por Ramón.

Eso abre, sin lugar a dudas, una puerta al debate histórico.

Andrés Eloy Blanco y Nicolás Guillén

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 28-05-1972

A confesión suya en artículo escrito en el diario habanero *Hoy*, Nicolás Guillén conoció a Andrés Eloy Blanco en 1943, en una de las peregrinaciones anuales a la tumba de Hernández Catá. En 1945, luego de derrocado el presidente Medina, Guillén volvió a ver a Andrés Eloy, y juntos anduvieron de juerga y poesía, entre el Teatro Municipal, el Club Paraíso y la “jarana criolla, con guitarra, hervidos y hamaca en el patio campestre, lleno de árboles”. AEB era, entonces, presidente de la Asamblea Nacional Constituyente, donde lanzaba agudezas y hacía más llevadera la discusión de principios constitucionales, y para 1949 ya estaba en el destierro, precisamente cubano, antes que mexicano. Por eso, con el alborear del año, escribió Guillén el artículo en aquel periódico comunista que, junto con las cenizas de *Revolución*, daría ese otro de extraño nombre, de apariencia griega, *Granma*, y en rigor tratamiento familiar para la “gran madre”. Decía Guillén, al término de su esbozo:

Ahora le tenemos otra vez en La Habana. No le he visto, pero le siento en todas partes. En estos días suyos de amarga derrota –la que le duele a él en el alma y le aqueja el corazón a su patria– vuelve al primer amor, al amor habanero, y la vieja ciudad ha sabido acogerle en su seno para que aquí sane de sus heridas y arme de nuevo el brazo vengador.

Hay un recuerdo no disipado en Guillén. El paso de Andrés Eloy por La Habana vieja, en cuyo seno demoró larga temporada, a su regreso de España, y el estremecimiento causado por su “Carta a Udón Pérez”, poema que al decir suyo “casi nos pertenece”:

Me dirá usted: - La Habana es muy grande.
Es verdad,
le diré yo: - La Habana es una gran ciudad:
casa de doce pisos, el Malecón, el Prado,
y los nuevos proyectos que “proyecta” Machado,
pero el resto es la guasa caraqueña, la guasa
que no es tan precisa como un loro en la casa...

La “Carta a Udón Pérez”

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 28-05-1972

Al oír las primeras palabras directas, como de tú a tú, de Andrés Eloy, en una mañana mexicana de abril de 1952, recayeron sobre aquella “Carta a Udón Pérez” y sobre mi espíritu, que las hizo inolvidables. Según AEB – ¡cómo se ve que no le tocó vivir los desafiantes días del “Poder joven”! –, antes, en la época en que él emergía como poeta, los mayores no sufrían el irreverente trato de los nuevos. “En cambio ahora –decía– los jóvenes no encuentran otra forma de relacionarse con los “valores consagrados” que la del insulto y el desconocimiento, en una especie de nihilismo hacía el pasado”. Y fue entonces cuando citó como ejemplo “la carta” al viejo tigre, la respetuosa amistad de que allí hacía gala y la confesión de amor hacia Cuba, narrada como si lo ahogara la prosa epistolar:

Con su Morro y su Alhambra, su Plaza, su In-
[glaterra,
su reparto Almendares, que es gloria de la
[tierra
y su Centro Gallego y su Zayas Bazán,
–un hombre que no quiere que ellas den lo
[que dan–.
Caracas gradillera, Gradillas de La Habana:
San Rafael, la calle de la mujer cubana...
la cubana... qué hermoso motivo para un
[crimen!
(exima el consonante, que ellas también lo
[eximen).

Por 1924 no hubo quien no escribiera sobre Andrés Eloy. Aquel paso por La Habana fue recontado día a día, así como su triunfal regreso a Caracas, cuando declaró que traía un drama en verso –“Las cuatro puertas” y un poemario ultraísta con el título de *La casa de los gatos* y del cual dio a conocer el poema “Rue Pigalle 29”. Asimismo, Guillén, en 1955, volvió a escribir sobre Andrés Eloy, al saber la noticia, por mano amiga, de su muerte: “Lo amé mucho como persona, como gente –decía–, y lo admiré mucho como poeta”.

El pastiche de Luis Enrique Mármol

De Edgar Hamilton. Papel Literario de *El Nacional*, 28-05-1972

Bueno es amanecer y anochecer con Andrés Eloy, así que la nota final va también con él. El 31 de julio de 1924, días antes del retorno del poeta y del homenaje que se le rindió en el Club Venezuela, Luis Enrique Mármol publicó su “pastiche”, en el que se advierten sonoridades paródicas del “Canto a España”. Esta vez se llamaba “Canto mío”:

Aspiraciones cosmogónicas
bajo el sol, retumbante catarata de luz,
críspanse en el embate de las olas sinfónicas
que en los peñascos de las playas tónicas
desgarran sus banderas en el asalto azul!

Grito que en mi alma pones,
bajo el latir de las constelaciones,
este potente sentimiento-dios:
en tu imperio se hinchan de canto mis pul-
[mones
y siento una caótica embriaguez de emociones
como si yo tuviera más de un millón Yos!...

Exaltación, exaltación radiante,
cuando bajo el fulgor alucinante
tambaleaba de ritmo la extensión,
y en el mar de mi alma sicofante
erizaba su cabo la intención!...

Referencias¹

Sanoja Hernández, Jesús. [Juan E. Zaraza]². “Hoy día 13. Visión de Ramos Sucre”. *El Nacional*. 13 de junio de 1960: Cuerpo C. Impreso.

Sanoja Hernández, J. [Juan E. Zaraza]. “El miedo a Andrés Barazarte”. *El Nacional*. 22 de marzo de 1969: Cuerpo C. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Juan E. Zaraza]. “Mis papeles. Gallegos y una década”. *El Nacional*. 10 de abril de 1969: Cuerpo C. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Juan E. Zaraza]. “Carlos Noguera”. *El Nacional*. 02 de agosto de 1969: Cuerpo C. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Juan E. Zaraza]. “La gran papelería”. *El Nacional*. 27 de agosto de 1969: Cuerpo C. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Juan E. Zaraza]. “Martín Echeverría”. *El Nacional*. 28 de enero de 1970: Cuerpo C. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Juan E. Zaraza]. “Mientras pasan los días. Enemigos de la B.N”. *El Nacional*. 27 de febrero de 1970: Cuerpo C. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Juan E. Zaraza]. “El tema de la revolución”. *El Nacional*. 07 de abril de 1970: Cuerpo C. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Juan E. Zaraza]. “Mientras pasan los días ¡Oh, poetas!”. *El Nacional*. 19 de mayo de 1970: Cuerpo C. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “La comuna en Venezuela”. *Papel Literario de El Nacional*. 28 de marzo de 1971: Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

¹ La primera versión digitalizada de las crónicas las realizó el pasante Winder Ortiz. (Véase Ortiz, Winder. *Almacén de Antigüedades en el Papel Literario de El Nacional*. Informe de pasantía, Instituto de Investigaciones Literarias/Escuela de Letras UCV, 2015).

² Los seudónimos de Jesús Sanoja Hernández se han colocado entre corchetes.

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “Sobre Proust y Reynaldo Hahn”. Papel Literario de *El Nacional*. 11 de abril de 1971. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “El gretagarbismo y el bondismo”. Papel Literario de *El Nacional*. 23 de mayo de 1971. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “Un poeta en 1931”. Papel Literario de *El Nacional*. 06 de junio de 1971. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “Grupo cero de teóricos. G.O.T.”. Papel Literario de *El Nacional*. 04 de julio de 1971. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “Delpino frente a Lugones”. Papel Literario de *El Nacional*. 18 de julio de 1971. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “Gessenheijkt, Pablo”. Papel Literario de *El Nacional*. 29 de agosto de 1971. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “Sacco y Vanzetti en Venezuela”. Papel Literario de *El Nacional*. 12 de septiembre de 1971. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “Saludos a Lindbergh”. Papel Literario de *El Nacional*. 03 de octubre de 1971. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “Teresa de la Parra”. Papel Literario de *El Nacional*. 17 de octubre de 1971. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “El villano villón traducido por Salustio”. Papel Literario de *El Nacional*. 23 de enero de 1972. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. “Morir en la cárcel”. Papel Literario de *El Nacional*. 30 de enero de 1972. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. "Poesía floral de Benavides Ponce". Papel Literario de *El Nacional*. 02 de abril de 1972. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. "El regreso de Chaplin". Papel Literario de *El Nacional*. 16 de abril de 1972. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. "Retén de Catia". Papel Literario de *El Nacional*. 21 de mayo de 1972. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Sanoja Hernández, J. [Edgar Hamilton]. "Andrés Eloy Blanco y Nicolás Guillén". Papel Literario de *El Nacional*. 28 de mayo de 1972. Almacén de Antigüedades, s.p. Impreso

Índice cronológico

Juan E. Zaraza

1960

Junio 13.

Hoy día 13. Visión de Ramos Sucre: Ramos Sucre visto a través de la evolución de su obra literaria, mostrando en su prosa un diálogo cada vez más íntimo y personal. Donde se percibió una paulatina transformación desde expresiones más románticas al inicio, hasta otras más duras y directas que fueron prescindiendo de giros y adornos calificativos.

1969

Marzo 22.

El miedo de Andrés Barazarte: viaje vivencial y transformador que realiza el personaje de la novela *País portátil* de Adriano González León, en una expedición que va de la superación del miedo hacia el valor de enfrentar la violenta realidad.

Abril 10.

Mis papeles. Gallegos y una década: Rómulo Gallegos al descubierto mediante ciertas expresiones y actitudes, vistos algunos papeles inéditos del escritor durante su destierro de una década.

Agosto 02.

Carlos Noguera: breve geografía humana con sus peripecias, del ganador del concurso anual de cuentos de *El Nacional*, Carlos Noguera.

Agosto 27.

La gran papelería: honrosos elógios para la edición de *¡Alto esa Patria! Hasta segunda orden*. Autobiografía de Braulio Fernández, de la cual magnifica su elaborada narración audiovisual.

1970

Enero 28.

Martín Echeverría; Martín Echeverría y Elmer Szabó, criminólogos profesionales, y sin embargo, rebeldes de la palabra prestados a la poesía.

Febrero 27.

Mientras pasan los días. Enemigos de la B.N: Denuncia pública en torno al estado de indiferente descuido y abandono de La Biblioteca Nacional, así como el interés por sus valiosos contenidos.

Abril 07.

El tema de la revolución: análisis y crítica del prólogo de Luis Beltrán Guerrero publicado en *El tema de la revolución*.

Mayo 19.

Mientras pasan los días ¡Oh, poetas!: aclaratoria o explicación que hace Juan E. Zaraza de su propio escrito, como respuesta al comentario hecho por R.G.T sobre su artículo "Salustio González Rincones".

Edgar Hamilton

1971

Marzo 28.

La comuna en Venezuela: efectos de la Comuna en la generación del 28.

Tres tristes tigres: reminiscencias de la generación del 28 y su época.

La poesía de Acosta Saignes: Miguel Acosta Saignes, como joven poeta publicado en la revista *Billiken* de Lucas Manzano.

Abril 11.

Sobre Proust y Reynaldo Hahn: estrecha y admirable relación intelectual entre Reynaldo Hahn y Marcel Proust.

Los cuentistas rojos de 1930: Rafael Angarita Arvelo destacado como crítico de los cuentistas insurgentes.

Arvelo Torrealba en "Las Tres Torres": la poética como sempiterna compañera del poeta Alberto Arvelo Torrealba.

Mayo 23.

El gretagarbismo y el bondismo: actitudes un tanto gélidas y enigmáticas, de moda en el cine. Greta Garbo y James Bond.

Ramos Sucre y dos más: desaparición física del poeta José Antonio Ramos Sucre.

Junio 06.

Un poeta en 1931: interpretación del poeta Carlos Augusto León de la poesía de Fernando Paz Castillo.

Poemas de Aquiles Branco: cuatro poemas de Aquiles Branco.

La pajarapinta: “haikús” publicados en la revista *Pájara Pinta*, por Álvaro Menén Desleal.

Julio 04.

Grupo Cero de Teoréticos. G.O.T.: el Grupo y su círculo de selectos participantes.

Luís Castro y Rojas Guardia: poesía de Luís Castro y Rojas Guardia presente en el G.O.T.

El otro Matías Carrasco: caracterización del poeta Matías Carrasco “el Viejo”.

Julio 18.

Delpino frente a Lugones: el humorista Francisco Tosta García otorga mayor valoración poética a Delpino y Lamas sobre Leopoldo Lugones.

Lenguarada de Salustio: parte final del poema “Palabras sin romanza” de Salustio González Rincones.

Consalvi no era de los veinte: queda claro que los Veinte, eran más bien como quince.

Agosto 29.

Gessenheijkt, Pablo: Armando Rojas Guardia publica en *Élite*, narración autobiográfica que cubría un viaje a Porlamar a bordo del *Stuyvesant*.

Díaz Rodríguez en Margarita: escueta descripción de Manuel Díaz Rodríguez sobre Pampatar.

Septiembre 12.

Sacco y Vanzetti en Venezuela: la influencia contestataria que desató el caso de Sacco y Vanzetti en Venezuela.

Borges y la Revolución rusa: alabanzas de Jorge Luís Borges a la revolución bolchevique.

Un pastiche de LEM: Luís Enrique Mármol, Pedro-Emilio Coll, Paz Castillo, Urbaneja Achelpohl, Ramos Sucre y Antonio Arráiz poetas de pastiches.

Octubre 03.

Saludos a Lindbergh: Lindbergh llega a Venezuela y la novedad de sus proezas impactan en varios que redactan sobre él.

El futurismo de Arráiz: Arráiz, luciendo adelantado a su tiempo, logró alzar su voz mucho antes del 28, y otros sucesos futuros.

La Disolución de Cantaclaro: vicisitudes y diáspora política en la disolución del grupo Cantaclaro.

Octubre 17.

Teresa de la Parra, 1930: clima intelectual feminista, de la mujer y la moda, la mujer y la tradición.

Estampas de Rafael Cadenas: estampas de una vida en prolongado destierro.

Lectura en los años de la crisis: con la generación del 28 en el exilio, en las revistas literarias comenzaron a protagonizar nuevas lecturas y escritores.

1972

Enero 23.

El villano villón traducido por Salustio: Salustio González Rincones tradujo “Bajada de las damas del tiempo ido” de François Villón.

Una palabra poco santa: choro: inclusión de jerga delictiva y arrabalera en la narrativa venezolana, con posible origen de la palabra “choro”.

Desde un camello, fascismo y poesía ingenua: “Poema del Platillón”, poesía ingenua en el libro *Desde mi camello* de Daniel R. Scott.

Enero 30.

Morir en la cárcel: Domínguez Acosta, trascendencia del pensamiento y ejemplo de quienes murieron en la cárcel defendiendo sus ideales.

Abril 02.

Poesía floral en Benavides Ponce: Julio Rosales escribió poesía floral, y también Juan Beroes en “Canción floral desde el jardín del cielo” citando a Rafael Benavides Ponce, quien había abordado ya el mundo floral de manera magistral.

El paso de Delpino y Lamas: Francisco Antonio Delpino y Lamas visto como el precursor de la vanguardia literaria.

Abril 16.

El regreso de Chaplin: Charles Chaplin ideológicamente en malas relaciones con Estados Unidos, decide no volver más, sin embargo veinte años después, Hollywood lo aclama con fervor y él en reconciliación, acepta los honores.

Ese tango que no muere: la presencia del tango, como una novedad en Venezuela a principios del siglo XX y postrimerías.

Renny Ottolina, el número uno: visión documentada de Renny Ottolina como el número uno de la televisión venezolana dada la excelente calidad de su desempeño como presentador y publicista.

Mayo 21.

Retén de Catia: literatura-testimonio que refleja la biografía de una sociedad descompuesta en todos sus estratos, y sometida a los coletazos de la violencia social en el período 1968-71.

Mayo 28.

Andrés Eloy Blanco y Nicolás Guillén: relación de Nicolás Guillén con Andrés Eloy Blanco a su paso por La Habana vieja.

La “Carta a Udón Pérez”: Andrés Eloy Blanco publicó “Carta a Udón Pérez” donde muestra su respetuosa amistad y la confesión de amor hacia Cuba.

El pastiche de Luís Enrique Mármol: Luís Enrique Mármol publicó su “pastiche”, “Canto mío”, el 31 de julio de 1924, días antes del retorno de Andrés Eloy Blanco.

Índice onomástico

Juan E. Zaraza

A

ACEVEDO, Ángel Eduardo, 15

ACOSTA, Cecilio, 24

ADAMOV, Arthur, 17

ALBEE, Edward, 22

APOLLINAIRE, Guillaume, 28

B

BALDÓ CASANOVA, Alfredo, 25

BALZA, José, 15, 18

BARROETA, José (alias Pepe),
15

BECKETT, Samuel, 22

BELLOW, Saul, 22

BERNSTEIN, Eduard, 25

BOULTON, Alfredo, 22

C

CADENAS, José María, 15

CÁNDIDO [*vid.* Carlos Luis
ÁLVAREZ], 24

CAPRILES, Oswaldo, 21

CARACCIOLO RIVAS (personal ue
la Biblioteca Nacional), 22

CÁRDENAS DEL RÍO, Lázaro, 13

CASTILLO ARMAS, Carlos, 13

CASTILLO, Aníbal, 15

CASTRO, Cipriano, 22

CASTRO, Fidel, 24

CRANE, Stephen, 11

D

DAZA GUEVARA, Argenis, 15

DEBRAY, Régis, 25

DESHUSSES, Henri-Paul, 24

DÍAZ RODRÍGUEZ, Manuel, 18

DOMINICI OTERO, Santos Aníbal,
23

E

ECHEVERRÍA, Juan Martín, 20,
21

ELOY, san, 8

ESCOVAR SALOM, Ramón, 20

F

FERNÁNDEZ, Braulio, 17

FRANCO, Francisco, 13

G

G.P. (columnista), 25

GALLEGOS, Rómulo, 13, 14

GARAUDY, Roger, 24

GÓMEZ CARRILLO, Enrique, 28

GÓMEZ, Argenis, 22

GÓMEZ, Juan Vicente, 22

GÓNGORA, Luis de, 28

GONZÁLEZ RINCONES, Salustio,
27, 28

GUERRERO, Luis Beltrán, 24, 25,
26

GUEVARA ROJAS, Felipe, 7

GUEVARA, Ernesto, 25

GUEVARA, Luis Camilo, 15

GUZMÁN, Antonio Leocadio, 19

H

HEMINGWAY, Ernest Miller, 10,
11

HERNÁNDEZ SOLÍS, Luis, 13

HUIDOBRO, Vicente, 28

HUMBOLDT, Alejandro de, 7

J

JERÓNIMO, san, 8

JESUCRISTO, 8

K

KAUTSKY, Benedict, 25

L

LEÓN, Jesús Alberto, 18

LERNER, Abba, 25

LIPSET, Seymour Martin, 24

LÓPEZ, Jacinto, 23

Los apóstoles, 8

M

MALRAUX, André, 22

MARTINET, Gilles, 25

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, Antonio, 18

MENESES, Guillermo, 18

MONTILLA, Ricardo, 13

MUÑOZ, Rafael José, 14, 22, 27, 28

N

NAZOA, Aquiles, 22

NOGUERA, Carlos, 15, 16

NUNES, Jorge, 15

NÚÑEZ, Enrique, BERNARDO, 9

O

OTERO SILVA, Miguel, 25

OVALLES, Caupolicán, 17

P

PACHECO (personal de la Biblioteca Nacional), 22

PARRA, Esdras, 18

PÁRRAGA (coronel), 17

PAZ CASTILLO, Fernando, 8

PEÑA PEÑA (Jefe de policía), 20

PÉREZ JIMÉNEZ, Marcos, 24

PÉREZ PERALTA, Teodoro, 15

PETKOFF, Teodoro, 24

POCATERRA, José Rafael, 16

PRÍO SOCARRÁS, Carlos, 13

Q

QUIROGA, Vasco Vázquez de (alias Tata Vasco), 14

R

RIVERA, Diego, 13

ROA GARCÍA, Raúl, 13

RODRÍGUEZ, Manuel Alfredo, 22

RODRÍGUEZ ITURBE, José, 24

ROSAS MARCANO, Jesús, 22

RUIZ PINEDA, Leonardo, 25

S

SÁNCHEZ, Jesús María, 22

SAREL, Benno, 25

SPINETTI DINI, Antonio, 25

SUCRE, Ramos, 7, 8

SZABÓ, Elmer, 20, 21

T

TAUREL, León Jacobo, 20

TEJERA, Humberto, 7

TROTSKY, León, 25

U

USLAR PIETRI, Arturo, 24

V

VALDIVIA RIVERA, Rita, 15

VALERA MORA, Víctor (alias el Chino), 15

Z

ZAMORA, Ezequiel, 7

ZEDONG, Mao, 25

ZUMETA, César, 23, 24

Edgard Hamilton

A

ACOSTA SAIGNES, Miguel, 32
ALARCÓN FERNÁNDEZ, Armando, 46
ALDANA, Juan Sebastián, 69, 70, 71
ALIGHIERI, Dante, 37
ÁLVAREZ MARCANO, Luis, 36, 41
ANDERSON, Maxwell, 49
ANDRADE, J (escritor), 57
ANDREIEV, Leonid, 34
ANGARITA ARVELO, Rafael, 34
ANTONIO DE PADUA, san, 55
ARMAS ALFONZO, Alfredo, 47
ARRÁIZ, Antonio, 31, 51, 52, 53
ARVELO LARRIVA, Alfredo 35
ARVELO LARRIVA, Enriqueta, 35
ARVELO RAMOS, Alberto, 35
ARVELO TORREALBA, Alberto, 35
ASH (escritor), 49
ASTURIAS, Miguel Ángel, 50

B

BALZA DONATTI, Camilo, 46
BALZAC, Honoré de, 50
BARRIOS CRUZ, Luis, 35
BARRIOS, Augusto, 59
BARRIOS, Rafael Antonio, 53
BELTRÁN GUERRERO, Luis, 45
BELTRÁN MAGO, Luis, 45
BENAVIDES PONCE, Rafael, 64
BENAVIDES, Álvaro, 64
BENAVIDES, Pablo, 64
BERDIAEV, Nicolás, 57
BERNHARDT, Sarah, 33
BEROES, Juan, 64
BEROES, Pedro, 57, 64
BETANCOURT, Rómulo, 30, 31, 47, 57
BLANCO, Andrés Eloy, 72, 73, 74
BLANCO FOMBONA, Rufino, 69, 70
BLANCO SÁNCHEZ, Balbino, 46

- BLAVATSKY, Helena, 63
- BOLÍVAR DÍAZ, Armando, 46
- BORGES, Jorge Luis, 50
- BOW, Clara, 36
- BRANCO, Aquiles, 39
- BRITTO GARCÍA, Luis, 59
- Brunicarde, Rafael, 47
- Boulton, Alfredo (A. Boulton), 49
- C**
- CABALLERO AGÜERO, Manuel Antonio, 30
- CADENAS, José Juan, 67
- CADENAS, Rafael, 40, 56
- CAIN, Harry, 66
- CALCAÑO, Luis, 41
- CAMAYA, Rafael José, 31
- CÁNDIDO [*vid.* Carlos Luis ÁLVAREZ], 33
- CANESTRI, Francisco, 59
- CARDOZO, Lubio, 39
- CARIAS, Germán, 47
- CARNEVALI, Gonzalo, 55
- CARPENTIER, Alejo, 40
- CARRASCO, Matías [*vid.* Aníbal Nazoa], 43
- CARRIL, Hugo del [*vid.* Piero Bruno HUGO FONTANA], 67
- CASTILLO, María Teresa, 41
- CASTRO, Luis, 42, 47
- CATAULT (la mujer vinosa), 58
- CHAPLIN, Charles (*seud.* Charlot), 66
- Cheché Ríos (amigo de Oswaldo Orsini), 64
- CLARETIE, Julio, 30
- COCTEAU, Jean, 34
- COLL, Pedro Emilio, 44, 51, 65
- COLMAN, Ronald, 68
- CONDE JAHN, Alfredo, 57
- CONSALVI, Simón Alberto, 46
- CORTÁZAR, Julio, 40
- CROCE, Arturo, 57
- CUENCA, Humberto, 57
- D**
- D'AMICO, Margarita, 68
- DELPINO Y LAMAS, Francisco Antonio, 44, 65
- DÍAZ QUINTERO, Oscar, 46

DÍAZ RODRÍGUEZ, Manuel, 48

DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón, 36

DÍAZ SOSA, Carlos, 46

DOMÍNGUEZ ACOSTA, Francisco,
61, 63

DOS PASSOS, John, 70

DOSTOIEVSKI, Fedor, 34

E

EHRENBURG, Ilyá, 57

EINSTEIN, Albert, 41

ÉLUARD, Paul [*vid.* Eugène
GRINDEL], 64

ESPINOSA, Gabriel, 37, 63

F

FADEIEV, Alexander, 57

FAST, Howard, 49

FOMBONA PACHANO, Jacinto, 52

FRANCE, Anatole (François-
Anatole Thibault), 33

FRÍAS PACHECO, Carlos
Eduardo, 34, 41

G

GABALDÓN MÁRQUEZ, Joaquín,
31, 52

GABALDÓN, José Rafael, 35

GALLEGOS, Rómulo, 45, 64, 68

GARBO, Greta [*vid.* Greta Lovisa
GUSTAFSSON], 36

GARCÍA DE QUEVEDO, José
Heriberto, 30

GARCÍA MACKLE, Miguel, 54

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, 50

GARCÍA PONCE, Guillermo, 70

GARDEL, Carlos, 67

GENET, Jean, 57

GIL FORTOUL, José, 31, 65

GIL, Pío [*vid.* Pedro María
MORANTES], 70

GÓMEZ, Juan Vicente, 32, 52,
60

GÓNGORA, Luis de, 44

GONZÁLEZ LANUZA, Eduardo, 50

GONZÁLEZ RINCONES, Salustio,
45, 57, 58

GONZÁLEZ, Pedro Luis, 46

GRANERY (Ministro de Justicia
de EE. UU), 66

GUILLÉN, Nicolás, 47, 72, 73

H

HAHN, Reynaldo, 33
HECKER, Julius Friedrich, 57
HERNÁNDEZ CATÁ, Alfonso, 72
HESSE, Hermann. 40
HIDALGO, Alberto, 51
HIMIOB, Nelson, 34, 57
HOMERO, 37

J

JACKSON, George, 62
LEÓN, Carlos Augusto, 41
JESUCRISTO, 63
JOYCE, James, 34
JUANA DE ARCO, santa, 58
JULIAC, Pedro, 57

L

LABANA CORDERO, Efraín, 70
LAGUADO JAYME, Francisco, 53
LAMARQUE BOUZA, Libertad, 32
LANGE, Norah, 50
LAUGHTON, Charles, 64
LAZO MARTÍ, Francisco, 35

LEIGH, Vivien [*vid.* Vivian Mary HARTLEY], 68

LEMOINE, Émile, 33
LEÓN, Carlos Augusto, 32, 38
LEONI, Raúl, 57
LEWIS, Sinclair, 57
LINDBERGH, Charles, 31, 52
LISCANO, Juan, 54
LISSAGARAY, Prosper-Olivier, 30

LÓPEZ, Eliseo, 61
LÓPEZ, José Heriberto, 70
LUCES PARRA, Leandro, 46
LUCIANI, Jorge, 70
LUGONES, Leopoldo, 44

M

MACHADO MORALES, Gustavo, 30, 47, 70
MALLARMÉ, Stéphane [*vid.* Etienne MALLARMÉ], 43
MALRAUX, André, 57
MANZANO CASTRO, Lucas, 32
MARCONI, Guillermo, 31, 52
MÁRMOL, Luis Enrique, 51, 74

MARTÍN GARBÁN (periodista),
46

MARTY, André, 30

MAUROIS, André [*vid.* Émile
HERZOG], 33

MAYZ VALLENILLA, Ernesto, 47

MEDINA ANGARITA, Isaías, 72

MEDINA, Sergio, 60

MEJÍAS, Ramón, 60

MENÉN DESLEAL, Álvaro
(Álvaro Menéndez Leal), 40

MENESES, Guillermo, 40

MIJARES, Augusto, 37

MOLEIRO, Moisés, 41

MONAGAS, Aquiles, 46

MONDOLFI, Eva, 41

MORALES LARA, Julio, 35

MORGAN RUDERTH, William
Alexander, 71

MUÑOZ, Rafael José, 54

MUSSET, Alfred de, 31

MUSSOLINI, Benito, 50

N

NAZOA, Aquiles, 43, 44

NEGRETTI VASCONCELLOS,
Ascanio José, 41

NOGUERA, Carlos, 59

NÚÑEZ, Enrique Bernardo, 37,
48, 55

O

OLIVEIRA, Marqués de, 42

OLIVEIRA, Rafael, 41

ORSINI, Oswaldo, 63

ORTIZ, Alicia, 58

OTERO SILVA, Miguel, 31, 46,
47, 57, 59

OTTOLINA, Renny [*vid.* Renaldo
José OTTOLINA PINTO], 68

OVALLES, Víctor Manuel, 37, 60

P

PARNELL THOMAS, John, 66

PARRA, Teresa de la, 55

PASTORI, Luis, 46

PAZ CASTILLO, Fernando, 38,
51, 52

PÉREZ, Udón [*vid.* Abdón
Antero PÉREZ MACHADO], 72,
73

PÉREZ, Saxo Gramático
(cantor), 31

PICASSO, Pablo, 34, 66

PICÓN SALAS, Mariano, 43

PÍO TAMAYO, José, 35, 52

PLAZA, Salvador de la, 47, 49

POCATERRA, José Rafael, 63, 70

POMPONETTE, Planchart (*seud.*
Juana de Ávila), 41

PROUST, Marcel, 33, 34

PUPPIO, Franco, 46

Q

QUINTERO, Rodolfo, 42

R

RAMÍREZ, Raúl, 54

RAMOS SUCRE, José Antonio, 32,
37, 38, 51

RAMOS, Domingo Santos, 30

RANGEL, José Vicente, 70

RANKIN (diputado), 66

REED, John, 30, 57

RETZ, Cardenal de [*vid.* Jean-
François PAUL DE GONDÍ], 33

REY, Luis Esteban, 46

REYES, Alfonso, 45

RÍOS REYNA, Pedro Antonio, 41

RIVAS, Víctor Manuel, 41

ROCHA, Miguel, 52

Roche, Marcel, 33

RODRÍGUEZ CORONIL, Marco
Aurelio, 46

ROJAS GUARDIA, Armando, 41,
42, 47, 48

ROJAS GUARDIA, Pablo, 36

ROJAS, Eddie, 46

ROLDÁN, Albeiro, 41

ROMERO GARCÍA, Manuel
Vicente, 56

ROSALES, Julio, 45, 64

ROSENBERG, Ethel Greenglass,
62

ROSENBERG, Julius, 62

RUIZ, Fabbiani, 57

RUIZ, Pedro Manuel, 61

S

SACCO, Nicola, 49, 52

SADE, Donatien Alphonse
François, marqués de, 57

SALAZAR DOMÍNGUEZ, José, 34

SALOM, María de Lourdes, 43

SÁNCHEZ NEGRÓN, José, 46

SANDINO, Augusto César, 52

SANOJA HERNÁNDEZ, Jesús, 54

SCOTT, Daniel R., 60

SEMPRUN, Jesús (*seud.*
Sagitario), 34

SHAKESPEARE, William, 37

SIERRA PÉREZ, José, 46

SILVA-DÍAZ, Joaquín, 33

SOTILLO, Pedro, 35, 37

SOUDAY, Paul, 33

SPENCER, Herbert, 31

STEIN, Gertrude, 31

SUCRE, Guillermo, 54

SUCRE, José Francisco, 54

T

TAINE, Hippolyte, 31

TAUREL, León, 71

TAYLOR, Robert, 68

TORRE, Guillermo de, 50

TORREALBA LOSSI, Mario, 46

TORRES ABANDERO, Leopoldo,
61

TOSTA GARCÍA, Francisco, 44

U

UNAMUNO, Miguel de, 40

URBANEJA ACHELPOHL, Luis
Manuel, 51

URDANETA, Ismael, 60

USLAR PIETRI, Arturo, 34

V

VALLEJO, César, 35

VANZETTI, Bartolomeo, 49, 52

VASCONCELOS, José, 55

VAULX, Bernard de, 33

VERA LÓPEZ, Omar, 46

VILLALBA GUTIÉRREZ, Jóvito, 31

VILLON, François, 57

Z

ZAGO, Ángela, 70

ZAMBRANO, Jesús Rafael, 54

ZAMORA, Ezequiel, 60

ZORRILLA, José, 30

ZULOAGA, Gustavo, 49

**Nombres no incluidos en el índice onomástico por
falta de información**

Juan E. Zaraza

GARRIDO, 19

MUNDALÚNIZ, 22

SPIRE, 26

TORTOLERO Y GASCA, 16

Edgar Hamilton

BÁEZ, T., 50

CANTAS, 36

CAPRARO, 50

CARCO, 59

CORAO, J., 50

CORAO, V.M., 50

El Negro Pepe, 70

El Zurdo, 60

Jesús Rafael, 70

LÓPEZ, C., 50

MAAL, C., 50

Mamá Panchita, 56

MAURY, P., 50

Pedro José, 70, 72

Ramón, 70

Sacha, 35

SANÍN, 35

SANTOS JIMÉNEZ, 61,

TRINE, 64